

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

louis g. milk

ESTACIÓN DE RELEVO

LOUIS G. MILK

ESTACIÓN DE RELEVO

Ediciones TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-53

Barcelona

Dr. Julián Alvares, 151

Buenos Aires

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

LA tripulación de la «Jane T.», capitán Brady Sharron, era, en pequeño, un completo muestrario de lo que debía ser una colección de piratas del espacio. Incluido el capitán no eran más que seis en total —número suficiente, por otra parte, para el buen gobierno de la astronave—, pero, según los testimonios menos objetivos y más inamistosos valían por lo menos el cuádruple.

Brady Sharron era, además de capitán, principal propietario. Su participación, a partes iguales, pertenecía a los cinco restantes miembros de la tripulación.

En un principio, la nave había pertenecido íntegramente a Brady, pero hubo cierta ocasión en que pasó por dificultades de tesorería y, a falta de líquido monetario, hubo de recompensar a sus hombres con una participación individual del ocho por ciento.

Brady no se arrepentía de haberlo hecho. Sus tripulantes mostraban mucho más interés, sabiendo que ahora les pertenecía una pequeña parte de la nave y que entraban, de acuerdo con su porcentaje, en la cuenta de pérdidas y ganancias. Lo cual, naturalmente, no impedía que cobrasen un sueldo de acuerdo con las tarifas del Sindicato.

Por dicha razón, muchas veces se permitían el lujo de admitir determinada carga a según qué puntos de la Galaxia. Asimismo, si un pasajero en potencia les disgustaba, se negaban a llevarlo en la «Jane T.».

Tenían sus defectos, como todo el mundo, pero una virtud les era común: su fidelidad al capitán. Sin exagerar, se hubieran dejado

rebanar un brazo por Brady.

Dejando aparte su grado, del que solo hacía ostentación en los momentos más indispensables, Brady era uno más de ellos. Juntos pasaban los momentos de apuro y juntos se divertían en las escalas de sus viajes interplanetarios. En resumen, eran seis hombres bien unidos.

Por dicha razón, aquel día, los seis estaban tomando juntos una copa en una taberna célebre en cien años luz a la redonda de la Tierra: «La Jarra de Fuego». Era un local enorme, donde se reunían los astronautas que hachan alto en aquella estación de tránsito interplanetario… El dinero corría en abundancia y el vino siriano, además de barato y abundante, era bueno como pocos de los terrestres.

Una joven esbelta, que parecía de goma, realizaba increíbles ejercicios contorsionistas en el escenario. Al terminar, fue acogida con pitos y aplausos: a unos les había gustado y otros manifestaban su reprobación. Hubo quien, entusiasmado, lanzó al escenario una moneda de un talento y hubo quien le arrojó una silla.

La chica esquivó la silla, recogió la moneda y desapareció por el esforo. Un chistoso profesional salió a continuación a contar unas cuantas anécdotas más o menos graciosas. Las camareras, todas ellas jóvenes y de buena figura, iban y venían continuamente entre las mesas.

Una pelea se suscitó de pronto entre dos borrachos. La propietaria de «La Jarra de Fuego» tenía hombres que mantenían un orden expeditivo: los dos alborotadores fueron reducidos de inmediato por sendos dardos narcóticos y lanzados al exterior sin contemplaciones.

—Esto se acaba —dijo de pronto Duck Stoyle, el segundo de a bordo, contemplando melancólicamente la jarra vacía.

Tony Beaucamp, navegante y radarista, alzó la mano.

—Eh, guapa, trae una jarra de vino —increpó a una opulenta camarera que pasaba cerca de la mesa.

—Por mi cuenta, caballeros, si ustedes me lo permiten —dijo un hombre en aquellos momentos.

La camarera vaciló. Ki-Fong, el despensero de la nave, movió la mano.

—Por cuenta de quien sea, pero trae pronto el vino —pidió.

Brady contempló al hombre que acababa de hablar. Era alto, delgado, de mirada penetrante y aspecto un tanto desastrado, pero solo en los ropajes. Para un agudo observador, y Brady lo era, aquel hombre poseía una distinción innata que ni las ropas más burdas conseguían ocultar.

—¿Puedo sentarme? —preguntó—. Supongo que estoy dirigiéndome al capitán Sharron y a sus cinco tripulantes —añadió.

—Sí, desde luego —contestó Brady—. Siéntese, señor…

—Rutherford P. Manston —contestó el pulido individuo, Y agregó—: Del Departamento Exterior.

Un helado silencio descendió sobre la mesa. El Departamento Exterior, D.E., como todo el mundo lo denominaba en abreviatura, tenía a su cargo la fiscalización de la navegación interestelar, aparte de ocuparse de las relaciones del gobierno terrestre con los de otros planetas.

La camarera llegó con la jarra y una copa más. Dejó ambas cosas sobre la mesa y se marchó.

Manston empezó a escanciar el verdoso vino de Sirio.

—Observo un prudente silencio entre ustedes —dijo con toda corrección—. ¿Acaso no les agrada la presencia de un funcionario del D.E. en su mesa?

—¿Cuál es su grado en el Departamento, señor? —preguntó Brady cautelosamente.

—Una pregunta muy atinada —contestó Manston, riendo suavemente—. Soy Secretario Investigador de Primera Clase.

—De ahí, a Subsecretario, no hay más que un paso —declaró Ray King, otro de los miembros de la tripulación.

—El siguiente paso lleva a Ministro, pero este ya es un cargo político y no creo alcanzarlo —confesó Manston con virtuosa modestia. Alzó la copa—. Por ustedes y el triunfo de su misión, capitán, señores tripulantes de la «Jane T.».

—Lo veía venir —dijo Bill Cutis lúgubremente—. Estos pajarracos del D.E. nunca dan nada sin pedir nada a cambio.

—No es costumbre humana observar semejante género de conducta —dijo Manston afablemente—. El D.E. tiene que darles a ustedes mucho, a cambio de la misión que van a realizar.

—No tenemos que aceptar nada del D.E. —declaró Brady resueltamente—. Nuestra nave no pertenece a ninguna compañía,

«trust» o «cartel» de astronavegación. Somos libres, independientes y vamos a donde queremos, con la carga que nos place y con los pasajeros que nos son simpáticos.

—Bien dicho, patrón —exclamó Beaucamp entusiasmado.

Pero Manston no se dejó impresionar por la contundencia de la respuesta de Brady.

—Capitán Sharron —dijo—, antes de nada, voy a explicarles en qué va a consistir la naturaleza de su misión. Ciertamente, será reservada, pero ya ve si estoy seguro de que van a aceptarla, que no tengo el menor inconveniente en revelar un secreto oficial de los más celosamente guardados hasta el momento.

Hi-Fong aplaudió con gran vehemencia.

—¡Al menos, será un bonito cuento de espías! —dijo.

—El D.E. tiene una estupenda Sección de Información, en otras palabras, contraespionaje —declaró Brady—. ¿Por qué nos ha elegido a nosotros, civiles que nada tienen que ver con ustedes?

—Precisamente por lo mismo —contestó Manston—. Hemos estado estudiando unas dos docenas de naves independientes y a sus respectivas tripulaciones. Oh, no crean, el estudio dura ya varios años, no es cosa que se haya decidido de la noche a la mañana. Bien, las pruebas eliminatorias dejaron indemne solamente a una tripulación y su nave: ustedes y la «Jane T.».

—¿Y cree que vamos a aceptar? —preguntó Stoyle belicosamente—. Si la gente se entera de que hemos trabajado para ustedes, nos darán de lado. A decir verdad, el D.E. y sus procedimientos no tienen nada de agradables, ni con los terrestres ni con los extranjeros.

—Lo sé, lo sé —contestó Manston sin dejar de sonreír—. Pero, ¿qué quieren que haga…? El ladrón siempre tiene más simpatías que el guardia que lo detiene…

—¿Nos está llamando ladrones? —preguntó Ray King frunciendo el ceño coléricamente.

—Por favor, era un término comparativo únicamente. ¿Puedo terminar de explicarles su misión?

Brady hizo un signo con la mano.

—Adelante, señor Manston —invitó.

—Ustedes habrán oído hablar sin duda de Quarel, ese punto de relevo interestelar situado a setenta y siete años de la Tierra, lugar

clave para las comunicaciones astronáuticas y en donde las naves tienen que detenerse todas y hacer escala, aunque no sea más que de un par de minutos, antes de continuar su viaje. ¿Conocen Quarel, caballeros?

Cutts enseñó su mano.

—Como la palma de esta mano, señor Manston —dijo—. Pero siempre que podemos, eludimos pasar por allí.

—Lo malo es que, a menos que vayan en dirección prácticamente opuesta, tienen que detenerse en Quarel. Solo en Quarel, y en ciento cincuenta y tantos años luz a la redonda es posible reponer el plasma consumido en la navegación interestelar por los motores de las naves. ¿Me equivoco?

—No —contestó Brady ceñudamente—. La última parada que hicimos nos costó unos derechos exorbitantes. El gobierno de Quarel ha dispuesto un aumento del ocho por ciento sobre las tarifas anteriores, ya de por sí muy elevadas.

—Y hay que pagar ese aumento o correr el riesgo de perder la nave, bien por decomiso de las Fuerzas Armadas quarelianas o por agotamiento del combustible plasmático que no se repuso en Quarel para no pagar esos derechos. ¿Me equivoco? —dijo Manston sin perder la sonrisa.

—Son unos ladrones —declaró Beaucamp hoscamente.

—Pero no hay otro remedio que pagar —expresó el funcionario del D.E.

—Así es —admitió Brady—. Ahora, señor Manston, díganos en qué consiste la hipotética misión que nos va a confiar.

Manston tomó un sorbo de vino plácidamente, sin prisas. El ruido continuaba en torno a la mesa, pero sus ocupantes observaban un estricto silencio.

—La misión consiste en derribar el gobierno actual de Quarel, y a su jefe de estado, por supuesto, y sustituirlo por otro gobierno… menos voraz y con mayor espíritu de cooperación interestelar —dijo Manston al cabo.

—¿Nosotros seis solos? —rio Beaucamp sin entusiasmo.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la guardia quareliana? —preguntó Hi-Fong con su cantarín acento natal.

—¿Sabe lo que les hacen a quienes intentan inmiscuirse en sus asuntos? —dijo Stoyle.

—¿Ha oído hablar del foso de los tigres tricéfalos?

—¿Le han mencionado alguna vez las arenas vivas… devoradoras de todo ser orgánico que cae en ellas?

Manston no se inmutó. Fijó sus ojos en Brady y contestó:

—Observo que es usted el único que no me ha formulado objeción alguna. En efecto, caballeros, conozco todos los riesgos que hay en Quarel, pero… ¿qué dice el capitán de la «Jane T.»?

—El capitán de la «Jane T.» —contestó Brady pausadamente—, está pensando, más que en los posibles peligros que podamos encontrar en Quarel, en el medio de que se va a servir usted para obligarnos a desempeñar esa misión que, sin duda alguna, puede costarnos el cuello.

—Muy justo —sonrió Manston. Sacó un papel y lo tendió sobre la mesa—. Lea, capitán; es un documento de arresto contra usted y su gente, acusados de contrabando de mineral de carbono semiduro, originario de Aldebarán IX. Como usted no ignora, ese mineral posee la rara propiedad de convertirse en diamante puro al cabo de algún tiempo de estancia en la atmósfera terrestre. En Aldebarán IX lo usan para empedrar las calles; en la Tierra, alcanza una elevadísima cotización, pero las leyes actuales impiden su importación.

»La «Jane T.» trajo hace algunos meses, en uno de sus últimos viajes, cosa de treinta kilos de mineral de carbono semiduro. Puesto que ustedes estaban bajo observación, se les permitió ese quebrantamiento de la ley. Si no hubieran sido designados definitivamente, se les habría pasado por alto una vez, pero no así la segunda. Ahora bien, han sido designados para esa misión… y la llevarán a cabo o pagarán la pena correspondiente a su delito.

Brady se estremeció:

—Decomiso de la nave y diez años de cárcel como mínimo —dijo.

—Además de pérdida definitiva de sus patentes de astronautas —sonrió Manston—. Bien, caballeros, prácticamente, puede decirse que ya he terminado de hablar con ustedes. ¡Ah, sí, olvidaba una cosa! Por supuesto, llevarán a bordo un comisario especial, de quien recibirán órdenes y que actuará a su lado, respaldándolos con su autoridad caso de que sea necesario.

—¿Y si fracasamos? —preguntó Duck Stoyle.

Manston se puso en pie, sonriendo cortésmente:

—En el D.E. tenemos las direcciones de sus familiares más próximos. Les enviaremos una sentida y atenta carta de condolencia, caballeros. ¡Buenas noches a todos!

Capítulo II

MANSTON se alejó antes de que ninguno de los seis hombres hubiese tenido tiempo de replicarle. Brady, curioso, examinó el documento que el funcionario del D.E. había dejado sobre la mesa.

—Es auténtico —masculló, estrujándolo con la mano.

—¿Y tenemos que ir a Quarel y derribar a su gobierno? —dijo Hi-Fong desmayadamente.

—Si nos negamos, perderemos todo el capital, el derecho a navegar por el espacio… y nos caerán, además, diez años de cárcel encima —dijo Brady lúgubremente.

—Pero si vamos a Quarel, podemos acabar en el foso de los tigres de tres cabezas, en las arenas vivas…

—O en el jardín de las plantas carnívoras gigantes.

—Suponiendo que no nos envíen a trabajar a los yacimientos de plasma.

Brady alzó la mano para cortar los lamentos de sus hombres.

—La cuestión estriba ahora en tomar un decisión: ir a Quarel o perderlo todo —dijo—. Aceptaré la voluntad de la mayoría; este no es un viaje normal ni la carga es más o menos peligrosa, ni se trata tampoco de llevar a media docena de pasajeros dementes. Todos nosotros hemos estado allí y sabemos cómo las gastan los quarelianos —blandió el arrugado documento de embargo de la nave—. Esto contra nuestro pellejo; ese es el dilema —concluyó.

Hubo un movimiento general de rostros que se consultaban en silencio. De pronto, antes de que nadie hubiese dado su opinión, se acercó una camarera.

—¿Capitán Sharron? —preguntó.

—Sí. Yo mismo…

—Le llaman. Vaya por el corredor del fondo, la última puerta a la izquierda.

—¿Quién…?

La camarera se alejó antes de que Brady pudiese hacerle más preguntas. Sus hombres le contemplaron con curiosidad.

Hi-Fong fue el primero en adivinar el nombre de la persona que le llamaba.

—Capitán, vaya suerte —dijo—. ¡Es Colleen Arvin, la dueña de esta taberna!

Brady se puso rígido. Conocía bien a Colleen.

—No me gusta —rezongó.

—Vamos, patrón, no sea mal educado. Es toda una belleza —dijo riendo maliciosamente.

—Aproveche la ocasión —incitó Beaucamp—. Tome esa llamada como si fuese la última cena de un condenado a muerte.

—Usted y Colleen sostuvieron un tórrido romance… —empezó a decir Stoyle, pero se calló en el acto ante la colérica mirada que le dirigía su patrón.

Brady inspiró profundamente.

—Está bien —accedió al cabo—. No se muevan de aquí; volveré dentro de unos minutos.

—Aunque sean unas horas —rio Cutts maliciosamente.

Brady se puso en pie. Era un hombre fornido, de anchos hombros y revuelta cabellera oscura, que parecía en él la melena de un león. Sobre el lado izquierdo de su blusa se veía la insignia de los navegantes civiles del espacio: una astronave estilizada, de plata, inclinada en ángulo de 45°, sobre un círculo punteado con siete estrellas, cada una de un color del arco iris.

Sorteó unas cuantas mesas y alcanzó el corredor. Instantes después, llamaba a una puerta.

—Adelante —dijo una voz femenina desde el otro lado.

Brady empujó la puerta. Una oleada de perfume le envolvió en el acto. Miró a todas partes; la dueña del local parecía ausente…

—Estoy aquí, detrás del biombo —dijo Colleen Arvin.

Brady volvió la vista. Había un biombo situado en uno de los rincones de la espaciosa estancia. Una mujer movía ropajes al otro

lado.

Colleen Arvin se irguió al fin. Sus ojos claros, casi como diamantes, contemplaron a su visitante por encima del biombo.

—Hola, Brady —saludó—. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

—Un par de años —contestó él—. Sigues tan guapa como siempre, Colleen.

—Viniendo de un experto en belleza femenina, esas palabras son un diagnóstico certero —dijo la joven, riendo de labios para afuera. Sus hombros, blancos, redondos, emergían por encima del biombo, sosteniendo una garganta de cisne—. Creí que no aceptarías mi invitación.

—Más bien fue una orden —contestó él secamente—. ¿Qué quieres de mí?

Colleen forcejeó todavía un poco con sus ropajes. Luego abandonó el biombo.

—Súbeme el cierre, ¿quieres? —pidió, volviéndole la espalda.

Ella se había puesto un traje de una sola pieza, que ceñía prietamente sus formas esculturales. El contraste entre el rojo púrpura del tejido y sus cabellos dorados resultaba singularmente agradable.

Brady obedeció. Ella se volvió y le miró a través de las pestañas.

—Eres el mismo —sonrió—. ¿Sigues tan trapacero con las mujeres como siempre… tan trapacero como en tus tratos comerciales?

—Soy honrado en todos los sentidos —protestó él.

Colleen soltó una carcajada.

—No sabes mentir, Brady —dijo, encaminándose a una mesa con servicio de licores—. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió hace dos años?

—Es difícil olvidarlo —contestó él—. Ciertas cosas dejan grabada una huella indeleble en el alma.

—En la mía, no en la tuya… que no la tienes —se acercó a él, ondulando sinuosamente, y le entregó una copa de champaña helado—. Es terrestre auténtico —dijo.

—Tú gustas siempre de lo mejor —contestó él.

Colleen le miró por encima de la copa.

—A veces, también me equivoco —dijo maliciosamente—. ¿Brindamos, muchacho?

—Te haré el coro —respondió Brady.

—Muy bien —Colleen alzó la copa—. En tal caso, ¡por el feliz éxito de nuestra misión en Quarel!

Brady tenía la copa ya en los labios. Al oír aquellas palabras, estuvo a punto de soltarla de los dedos.

—¿Has dicho…? —murmuró.

—Exactamente lo que has oído, Brady —contestó ella sin inmutarse—. ¿No te ha mencionado Manston un comisario especial, con órdenes complementarias y autoridad total sobre ti, tus tripulantes y la nave?

—Sí, pero…

Colleen vació la copa de golpe. Después de dejarla sobre una mesita, abrió un cajón de un bargueño cercano, extrajo un documento y se lo entregó al joven.

—Toma y lee, si no te fías de mi palabra —dijo.

La vista de Brady resbaló rápidamente sobre el documento. Luego lo devolvió a su propietaria.

—Supongo que no lo llevarás encima durante el viaje —dijo.

—¿Me crees tan tonta? Zerlyna me despellejaría viva si conociese la verdad —contestó ella.

—Ah, de modo que conoces a Zerlyna —murmuró él.

—Es un nombre muy famoso en este sector de la Galaxia. Tanto como el de su primer ministro Taloih. ¿Has oído hablar de Taloih?

Brady se estremeció.

—No menciones a ese buitre —dijo.

—Pues con Zerlyna y con ese buitre, como tú le has calificado, es con quienes tendremos que enfrentarnos. Y derrotarlos —aseguró Colleen.

—Pero… tú, ¿por qué corres semejantes riesgos? —preguntó Brady, atónito.

Los ojos de la hermosa joven se oscurecieron un momento.

—Tengo motivos para ello… motivos particulares —contestó evasivamente.

—Muy bien. No intentaré hacerte más preguntas en este sentido. Pero, ¿qué vas a alegar como objeto de tu viaje a Quarel? Todo el mundo conoce «La Jarra de Fuego» y a su bella propietaria. Este local te proporciona unas ganancias fabulosas. No puedes descuidarlo…

—Voy a Quarel en viaje de negocios —replicó Colleen.

—¿Qué negocios? Si he de llevarte en mi nave, comprenderás que debo estar preparado para responder a un mínimo de preguntas.

—La taberna marcha bien, por sí sola, con la ayuda de un gerente que supervisa el negocio. Yo quiero montar otra idéntica en Quarel.

—Aprovechándote de la fama de esta.

—Claro. ¿Puedes dudarlo? Tú sabes que Quarel es una de las principales estaciones de tránsito de las astronaves. Allí puedo hacer un negocio tan saneado como el actual.

—Muy bien. Iremos a Quarel. Supongo —añadió Brady—, que Manston te habrá dado instrucciones especiales para la misión.

—Supones bien, pero no te las comunicaré hasta que estemos en órbita libre.

—¿Qué será…?

—Dentro de cuarenta y ocho horas, así que ya puedes ir arreglando todo para zarpar al finalizar ese plazo.

—Eres tajante en tus mandatos —sonrió Brady de mala gana.

—Es que corre prisa derrocar el gobierno de Zerlyna y Taloih. Si no lo conseguimos rápidamente o fracasamos… se producirán gravísimas interferencias en la navegación interestelar, interferencias que pueden dar lugar a una guerra que haría arder un sector entero de la Galaxia.

Brady se estremeció.

—¿Tan grave es el asunto?

Colleen hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Mucho más grave de lo que parece a simple vista —respondió.

—En fin —suspiró él—, no nos queda otro remedio que actuar para el D.E.

—Y, aunque sea ridículo decirlo, triunfar… o caer en la esclavitud —aseguró la joven solemnemente.

Brady la contempló fijamente durante un segundo.

—Te veo muy distinta a como te veía hace dos años —murmuró.

—Entonces era una tonta mujer enamorada —dijo ella.

—¿Y ahora?

—Un ser humano que lucha por su supervivencia —le volvió la espalda fríamente—. Estaré en el astropuerto pasado mañana, a las

veintiuna, horario de Greenwich.

Brady entendió que se le despedía. Dio media vuelta y se acercó a la puerta, pero antes de salir, oyó de nuevo la voz de Colleen.

—Brady.

—Dime —contestó él.

—Ten cuidado —advirtió Colleen—. En Quarel están enterados, más o menos, de lo que trama nuestro D.E. Sabemos que han enviado espías para interferir la operación. Confío —terminó la joven—, en que no sepan que somos nosotros los encargados de ejecutarla.

—Lo tendré en cuenta —dijo Brady.

Y salió.

Cuando llegó a la mesa donde aguardaban sus tripulantes, ninguno de ellos tuvo ganas de gastarle una broma. Brady tenía una cara demasiado larga como para divertirse a su costa.

—Le acompaño en el sentimiento, jefe —dijo King, forzando una sonrisa.

—El pésame debe ser colectivo —respondió Brady—. No he ido a ver a una antigua… conocida, sino a nuestro comisario.

Stoyle fue el único que pudo decir algo después de aquellas palabras. Se golpeó la frente con la mano y, haciéndose intérprete del sentir general, exclamó:

—¡Era lo que nos faltaba!

Capítulo III

AL día siguiente, Brady examinó la documentación de la nave y de la carga que transportaba. Todo estaba en regla; faltaban aún unos cuantos paquetes destinados a Quarel, pero eran de pequeño tamaño y su estiba en la bodega no ofrecería dificultades. De pronto, entró el segundo con unos papeles en la mano.

Parecía irresoluto.

—¿Qué te ocurre, Duck? —preguntó Brady.

—Jefe, tres tipos solicitan pasaje para Quarel —contestó Stoyle—. ¿Qué hago? ¿Los admito o…?

—¿Quiénes son?

—Uno se llama Perry Tibbels, viajante de bisutería. Si no es un pistolero profesional, yo soy un lama del Tíbet. El otro es un siriano llamado N'Tu-Srai, médico, según su pasaporte.

—¿Y el tercero?

—Se llama Rico Bellotti. Dice ser ilusionista. No le he visto nunca en los carteles, así que no puede ser bueno —contestó ácidamente el segundo.

Brady reflexionó unos momentos.

—¿Están en regla los pápeles? —preguntó.

—Por supuesto. Pagan en dinero contante…

—No podemos negarnos a admitirlos como pasajeros —decidió Brady—. Recibiríamos un rapapolvo de la Comisión de Viajes, máxime teniendo en cuenta que habíamos anunciado el nuestro mucho antes de que se nos confiara la misión. Cóbrales los billetes y asígnales sus camarotes.

—Está bien, capitán.

Brady consultó su reloj.

—Yo ya he terminado —dijo—. Todo está listo para zarpar en cualquier momento, pero, a diferencia de otras ocasiones, no quiero que la nave se quede sin vigilancia.

—Entiendo. Haré que dos de los muchachos pernocten aquí.

—Justamente. Nos veremos mañana para ultimar los detalles finales, Duck.

—Sí, capitán.

Al quedarse solo, Brady encendió un cigarrillo pensativamente. Podía decir que aún no se había recobrado de la sorpresa recibida al enterarse de que Colleen iba a ser el comisario designado por el Departamento Exterior. Ella había dicho que tenía poderosos motivos para aceptar la misión, pero… ¿qué motivos eran?

Parecía estar enemistada con Quarel. ¿O con algún quareliano en particular?

Y, además, estaban sus siguientes declaraciones. Si no actuaban rápidamente o si fracasaban, podía encenderse una guerra interestelar, que afectaría a centenares de planetas habitados.

Aquello le extrañaba verdaderamente. Quarel era poco más que un asteroide errante en el espacio. Su única ventaja estribaba en dos peculiaridades: lo estratégico de su situación y el combustible plasmático que producía en cantidades ilimitadas, sin el cual, las naves tendrían que volver a navegar por medios primitivos y, en comparación, tan lentamente como las carabelas colombinas.

Hizo un gesto con la cabeza. Colleen sabía más, mucho más, pero explicaría los detalles finales a bordo, una vez en órbita libre.

Era una maldita complicación, decidió, mientras se dirigía hacia la puerta. Presentía que aquel viaje iba a significar, si sobrevivía, el término de su dorada libertad de astronauta con nave propia.

¿Qué cadenas le sujetarían de vuelta de Quarel?

¿Los brazos de Colleen?

Imposible saberlo.

Era tarde cuando terminó de cenar. Dudó en ir a tomar una copa a «La Jarra de Fuego», pero prefirió acostarse en el hotel donde se alojaba durante su estancia en Sirio IV. Necesitaba dormir. El día siguiente se presentaba con mucho trabajo.

Subió a su habitación. Apenas se había despojado de la blusa,

llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—El botones, señor. Traigo un paquete para usted…

Brady abrió la puerta. Un chico de dieciséis años, de aire vivo y despierto, le contemplaba desde el umbral. En las manos sostenía una caja de forma cuadrada, del tamaño aproximado de un maletín de aseo.

—Lo dejaron esta tarde para usted en la recepción, capitán —expresó el muchacho.

Brady indicó una mesa.

—Ponlo allí —contestó. Metió la mano en el bolsillo y lanzó al aire una moneda de dos centésimas de talento—. Atrápala, chico.

La moneda no cayó al suelo. El botones sonrió.

—Gracias, capitán. Buen viaje a Quarel y… ¿Puedo pedirle un favor?

—Si está en mi mano…

—Un autógrafo de Zerlyna, capitán. Dicen que son dificilísimos de conseguir, pero usted puede metérsela en el bolsillo, a poco que se le proponga.

Brady se echó a reír.

—Estás sobrevalorando demasiado mis cualidades de conquistador —dijo—. Lo intentaré por otro medio; dicen que Zerlyna detesta a los hombres y más si son terrestres.

—Seguro que no ha hablado con usted, capitán —respondió el chico con notable desparpajo—. Bien, buena suerte y buen viaje, señor.

Brady cerró la puerta. Luego, recelosamente, contempló el paquete, envuelto en papel común y sin otro indicativo que el de su nombre en la cara superior.

Tras algunos segundos de reflexión, sacó una navaja del bolsillo y rasgó el papel. Una caja de chapa pulida apareció ante sus ojos.

Estaba cerrada por medio de un broche metálico similar al de una maleta corriente. Brady seguía en su actitud recelosa y dubitativa.

De repente, alargó la mano y presionó el broche. Al mismo tiempo, por instinto, dio un paso atrás.

El gesto de retroceso le salvó la vida. Un chorro de brillante arena dorada, saltó por los aires. De haberse situado frente a la caja,

aquella pequeña erupción le habría alcanzado en pleno rostro.

Aun así, unos cuantos granos, una cucharadita más o menos, le cayeron en el dorso de la mano izquierda. Inmediatamente, sintió un vivísimo dolor en la parte afectada.

Contuvo un juramento de rabia. Eran arenas vivas quarelianas, los extraños animales, tan minúsculos como, efectivamente, un granito de arena, pero terriblemente voraces y capaces de devorar a un hombre en menos de cinco minutos. Las pirañas brasileñas dejaban los huesos; aquellos seres casi microscópicos devoraban hasta el durísimo esmalte de los dientes.

El suelo estaba lleno de aquellas arenas vivientes. Parte de ellas devoraban ya una de las patas de la mesa donde estaba la caja que las había contenido hasta entonces. Se extendían con enorme rapidez.

Brady se miró la mano izquierda, roja casi por completo a causa de la sangre que brotaba de cientos de minúsculas heridas. Sacudió la mano y la mayor parte de los diminutos animales cayeron al suelo.

Corrió hacia el baño. El chorro de agua del lavabo arrastró los animales que aún quedaban. El dorso de la mano le dolía como si hubiese recibido una quemadura.

Salió de nuevo al dormitorio. La mesa se volcó en aquel momento, falta de sustentación. Las arenas vivas continuaban extendiéndose.

Solo había un medio de detener su progresión. Dando un prudente rodeo, abrió la puerta y salió al pasillo.

Pendiente de uno de los muros divisó un extintor de incendios. Una de las causas que motivaban la insólita voracidad de las arenas vivas, era su avidez de oxígeno. Regresó a la habitación, abrió la llave y lanzó un chorro de espuma sobre aquellos seres.

La espuma apagaba las llamas al privar al fuego de oxígeno. Las arenas dejaron de ser vivas a los pocos minutos.

Brady respiró aliviado al concluir su tarea. De no haberse apartado prudentemente, la mayor parte del chorro de arenas le habría dado en pleno rostro. Un tropel de aquellos animales habría penetrado en sus pulmones por la boca y la nariz… y el resultado fatal no se habría demorado muchos minutos. Una cosa había evidente: los quarelianos ya sabían que «ellos» eran los encargados

de ejecutar la misión encomendada por el D.E.

Después de unos momentos de reflexión, se acercó al visófono. Marcó un número.

La cara de Colleen apareció a poco en la pantalla.

—Tengo que decirte algo —manifestó Brady—. Creo que después suspenderemos el viaje.

—Imposible —contestó ella—. Debemos hacerlo por encima de cualquier adversidad.

—¿Incluso si los quarelianos conocen ya la naturaleza de nuestra verdadera misión?

Hubo una pausa de silencio. Luego, Colleen preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de recibir una caja llena de arenas vivientes. Estoy vivo por milagro, Colleen.

Y le explicó lo ocurrido. Colleen se quedó muy pensativa.

—No importa —dijo al cabo—. Tenemos que hacerlo, Brady.

—Estás loca —refunfuñó él—. Después de lo que ha pasado, puedo negarme perfectamente a ir allí.

—Niégate si quieres, pero avísame con tiempo. Yo tomaré entonces pasaje en otra nave.

—Tratas de obligarme a que vaya contigo —rezongó Brady.

—Me maravilla tu facultad de adivinar el pensamiento —se burló la joven—. Hasta mañana, a la hora señalada.

Brady vio esfumarse el rostro de Colleen en la pantalla. Una rotunda imprecación se escapó de sus labios.

—Es una locura —masculló—. Vamos derechitos a la muerte…

Pero no podía permitir que Colleen fuese a Quarel en otra nave que no fuese la «Jane T.».

—Me tiene bien atrapado —fue su melancólico comentario final, antes de empezar a hacer su equipaje.

Después de lo ocurrido, pernoctar en el hotel era una insensatez.

En recepción abonó la cuenta. Se mostraron muy extrañados de su marcha repentina, pero Brady no quiso hacer el menor comentario al respecto. Solo preguntó quién había traído el obsequio.

El encargado le contestó que él lo había recibido de su compañero, a quien había relevado después de la cena. Brady suspiró; era inútil tratar de seguir la pista del remitente del paquete

mortífero.

Regresó a la noche. Por fortuna, la noche resultó completamente normal. Al día siguiente trabajó con gran actividad, dejando todo preparado para el despegue.

Colleen se presentó a la hora señalada, estrictamente puntual. El segundo se escandalizó de la gran cantidad de bultos que constituían su equipaje.

—Cobre la sobretasa de exceso de precio y deje ya de molestarme con sus estúpidos lloriqueos —fue la desabrida respuesta que le dio ella. Lo cual no hizo sino aumentar los fúnebres presagios que Stoyle sentía acerca de aquel viaje.

Capítulo IV

POR la mañana, siguiendo el horario terrestre, Colleen se presentó en la cabina de mandos, donde Brady, en unión del navegante Beaucamp, fijaba el rumbo de la nave. Había sillones de sobra y Colleen se sentó en uno situado inmediatamente detrás del ocupado por Brady.

—Es hora de detallar la misión —dijo la joven.

—Me iré… —empezó a decir Beaucamp.

—No se mueva —cortó Colleen—. Usted forma parte de la tripulación y está en el derecho de saber cuál es su parte en esta misión.

—Si usted lo dice, señorita Arvin…

Colleen habló sin rodeos.

—Brady, la misión consiste, principalmente, en situar una bomba planetaria en Quarel. Cuando lo hayamos conseguido, exigiremos la dimisión de Zerlyna, su primer ministro y los colaboradores más adictos.

Beaucamp silbó.

—¡Una bomba planetaria! —exclamó.

—Justamente. ¿No me dices tú nada, Brady? —habló la joven.

—Estoy aguardando más detalles —contestó él—. Sigue, por favor.

—Bien. Los dos conocen ya las principales características de Quarel, un asteroide de poco más de dos mil kilómetros de diámetro, gobernado por una mujer sin escrúpulos que se autodenomina reina, y un primer ministro y unos secretarios tan

desalmados como ella.

»Quarel vive, prácticamente, de las rentas que le producen las estadías de las naves interestelares y del suministro de combustible plasmático para su propulsión. El comercio es franco en su interior… aunque los comerciantes que llevan algo allí, pagan unos derechos de aduana exorbitantes.

—Quarel está en su derecho al obrar así —dijo Brady—. Es un planeta inhóspito, donde la agricultura es poco menos que imposible, donde no hay industrias y donde la existencia, si no fuera por el comercio interestelar, se haría durísima. ¿Se meten acaso ellos con las leyes terrestres?

—Sí, cuando pretenden aumentar los derechos de estadía, el precio del plasma y los impuestos sobre la importación. En Quarel no hay comerciantes nativos, todos son extranjeros, aunque autorizados a residir allí. Los beneficios obtenidos de la venta de los productos que importan superan de largo a los impuestos…

—En ese caso, si aumenta los derechos aduaneros, con no venderles nada, se verían obligados a ceder.

—La cosa no es tan fácil, Brady —alegó Colleen—. Olvidas que hay un tratado por el que Quarel puede importar todo lo que quiera, sin limitación alguna y a los precios que ellos convengan unilateralmente. Los pagos se hacen por medio de una especie de cuenta de compensación en la que intervienen los derechos de estadía y el precio del combustible plasmático suministrado.

—Sí, lo sé. ¿Y qué más?

—Muy simple. Quarel pretende ahora, nada menos, que rebajar el precio de los artículos importados… es decir, pagarlos a un precio inferior en la Tierra, elevando luego allí los derechos de aduana. Y, de paso, subir el precio de las estadías y del combustible.

—Me parece muy bien —dijo Brady—. Si yo fuese quareliano, estaría al lado de Zerlyna.

Colleen se sulfuró.

—Nosotros no podemos tolerar una cosa semejante —dijo—. Si no cedemos, Quarel dejará de ser estación de tránsito para el tráfico interestelar terrestre.

—Todo consiste en volar de un salto más largo hasta el punto de destino.

—Brady, no digas tonterías. Tú sabes que eso es imposible.

—¿Por qué? En el pasado, el antiguo combustible…

—La Tierra no puede permitir esa arbitrariedad por parte de Quarel —manifestó Colleen—. Si nos negásemos a ceder, nuestras naves no llegarían siquiera a Quarel. ¿Es que no has oído hablar nunca del «Agujero»?

Brady asintió pensativamente.

—Sí. Es un hueco en el espacio, situado en las inmediaciones de Quarel…

—Un remolino en el vacío, si así puede llamarse —siguió Colleen—. Antiguamente, tenía unos límites bien definidos. Ahora, Quarel los ha ampliado de tal modo, que no hay nave que pueda pasar digamos al otro lado sin repostar de plasma propulsor. La que lo intenta, cae en el «Agujero» y se pierde para siempre.

—¡Demonios! —respingó Beaucamp—. Es la primera noticia que tengo de ello.

—Aún sabrá cosas mucho peores —dijo Colleen fríamente—. Los límites del «Agujero» alcanzan ahora a un año luz de radio en torno a Quarel. Se entra en el «Agujero» fácilmente, porque quedan reservas de plasma suficientes para vencer su fuerza de succión. Pero nadie podría despegar de Quarel sin repostar combustible, porque su nave se perdería irremisiblemente.

—Así que los quarelianos han ampliado el «Agujero» —murmuró Brady—. ¿Y por eso vamos a hacerles saltar en un billón de pedazos?

—Solo por eso, no. La IV Federación Galáctica está intrigando en Quarel para sustituirnos en su comercio. Sus productos son netamente inferiores a los nuestros y los quarelianos se muestran reticentes a cancelar nuestro tratado y a firmar uno con los otros.

—¿Y qué pasaría si nos negásemos a aceptar las condiciones de Quarel?

—Hablando claro, son unos chantajistas. Las naves de la IV Federación son de una calidad infinitamente peor que las nuestras, pero vuelan y… la proporción es de mil a uno. Ahora, imagínate qué tentación sería para el gobierno de la IV Federación contar con una estación de escala a setenta años luz tan solo de la Tierra.

—Nos invadirían —se estremeció Beaucamp—. Caerían sobre nosotros como una bíblica plaga de langosta.

—Justamente es lo que queremos evitar —dijo Colleen.

—Situando en Quarel una bomba planetaria, ¿no? —murmuró Brady.

—Sí. Quarel cedería, bajo la amenaza de desaparecer del mapa galáctico.

—Pero entonces, nuestro comercio sufriría un rudo golpe…

—Brady, hace tiempo que los científicos terrestres trabajan en la síntesis del plasma quareliano. El día en que lo consigamos, Quarel podrá guardarse en el bolsillo todas sus exigencias.

—Eso no compagina muy bien con lo que vamos a hacer —protestó el joven.

Los ojos de Colleen centellearon.

—Brady, ningún extranjero se burla impunemente de un terrestre. Tarde o temprano, acaba pagando sus insultos —dijo con voz tensa.

—De modo que tú crees que es un insulto querer obtener las mayores ventajas posibles de una estupenda situación estratégica y de unos yacimientos de plasma prácticamente inagotables. Me defraudas, Colleen; nunca te hubiera supuesto con una mente tan imperialista.

—¡No seas estúpido! ¡En el fondo de esas exigencias quarelianas, se encuentra nuestra supervivencia como seres libres!

—Libres para imponer a otros nuestros dictados, ¿verdad?

Brady se volvió de pronto en su asiento y clavó los ojos en el rostro de la joven.

—Colleen, tú has dicho que debemos poner una bomba planetaria en Quarel, aunque todavía no has expresado la forma en que lo haremos.

—Lo diré en el momento oportuno —respondió ella.

—No importa. Yo te voy a hacer algunas consideraciones de tipo moral. ¿Todos los quarelianos son unos desalmados, como se deduce de tus palabras?

—Todos obtienen grandes provechos de algo en lo que no han trabajado apenas para conseguirlo.

—¿No hay siquiera diez en desacuerdo con Zerlyna y su gobierno? ¿No has pensado en los terrestres que residen allí?

—Piensan como quarelianos —contestó Colleen, mordiéndose los labios.

—Pero alguno habrá bueno, digo yo. ¿Todos, todos,

absolutamente todos son malos?

—Brady, esto es cuestión de alta política —dijo la joven—. A nosotros no nos toca discutir, sino obedecer.

—Será a ti. Yo no soy ninguna marioneta.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Colleen se puso en pie con gesto súbito.

—Así, pues, ¿te niegas a cumplir mis órdenes?

—Si tus órdenes consisten en colocar una bomba planetaria en Quarel, sí. ¡Es el mayor disparate que he oído en los días de mi vida!

El pecho de Colleen palpitó violentamente durante uno segundos. De pronto, se volvió hacia el navegante.

—Señor Beaucamp, tenga la bondad de llamar al segundo Stoyle —ordenó.

—Sí, señorita.

Duck Stoyle se presentó en la cámara momentos más tarde.

—¿Me llamaba alguien? —preguntó.

—Yo —contestó Colleen—. Señor Stoyle, en virtud de la autoridad que me ha sido conferida por el Departamento Exterior, en este mismo momento destituyo al capitán Sharron de su cargo de comandante de esta nave.

Stoyle no se inmutó.

—Me parece muy bien, pero, ¿quién le va a sustituir? —quiso saber.

—Usted, como segundo de a bordo, claro está.

Stoyle sonrió, a la vez que meneaba la cabeza.

—Señorita Arvin, ignoro lo que ha sucedido aquí, pero puede estar segura de una cosa: a menos que el capitán fallezca, cosa improbable, dado su magnífico estado de salud, nadie tomará su puesto, lo diga usted o lo diga el mismísimo Archipámpano de las Indias.

—Por debajo mi firma —dijo Beaucamp sonriendo.

Brady sonrió también.

—Como nos va a sustituir a todos, que se haga ella cargo del mando de la nave —dijo—. ¿Vamos a tomarnos una copa, muchachos?

Y antes de que la sorprendida Colleen pudiera reaccionar, los tres hombres abandonaron la cámara, dejándola sola, entregada a

un acceso de furia que difícilmente pudo controlar en el exterior de su rostro.

Aquella noche, Brady llamó a la puerta de la cámara que ocupaba la joven en la nave.

Colleen en persona se levantó a abrir. Tenía los ojos enrojecidos, pero su cara se mostraba impasible.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono seco.

—Mis hombres y yo hemos estado deliberando acerca de la misión que se nos ha encomendado —respondió Brady—. Hemos acordado llevarte a Quarel como pasajera; has pagado tu billete y tienes derecho al viaje. Una vez allí te desembarcaremos y… ¡buena suerte!

Ella le miró ceñudamente.

—¿Es eso todo lo que me tienes que decir? —preguntó.

—Mira, Colleen, los quarelianos no me son lo que se dice verdaderamente simpáticos. Pero nos guste o no, están en su derecho al hacer lo que hacen. ¿Acaso somos nosotros mejores que ellos al imponerles por fuerza nuestros sistemas comerciales? ¿Qué diferencia hay entre nuestra actitud y la suya? ¿Solo lo que hacemos nosotros está bien y lo de los otros está mal hecho? Los actos de las personas deben pesarse en la misma balanza y no emplear dos pesos y dos medidas distintas según se trate de un quareliano o un terrestre.

—Veo que no he conseguido convencerte —dijo Colleen.

—No —declaró él tajantemente.

—Entonces, ¿por qué accediste a realizar la misión?

—Porque me pusieron una pistola en el pecho.

—Esa pistola sigue apuntándote.

Brady soltó una risita.

—Te equivocas, querida —dijo.

—Se te decomisará la nave, el cargamento, perderás la patente y sufrirás una pena de diez años de cárcel.

—¿En Quarel?

Hubo una corta pausa de silencio. Los ojos de Colleen chispearon.

—¿Piensas quedarte allí? —preguntó.

—A la vista de lo que me espera, si vuelvo a la Tierra sin haber llevado a cabo la misión, sí, me quedaré en Quarel. Hay cientos de

mundos donde viajar y con los cuales comerciar libremente, sin las trabas que quieren imponernos unos cuantos potentados terrestres, escudados en un gobierno débil y complaciente.

—Eso suena a demagogia, Brady —dijo Colleen.

—Que suene como quiera. Es la expresión pura de lo que pienso yo. Y también mis tripulantes.

—Entonces, me traicionarás. Dirás a Zerlyna que voy con la misión de poner una bomba planetaria en Quarel.

Brady meneó la cabeza.

—Querida —respondió—, antes de que lleguemos a Quarel, habré logrado convencerte de que esta misión es el disparate mayor que he conocido.

—Lo dudo mucho —replicó ella fríamente—. ¿Puedo usar tu sistema de comunicaciones?

—¿Para enviar un mensaje a Manston?

—Sí.

—No. Lo siento, pero estamos todavía demasiado cerca de la Tierra. No quiero que me salga al encuentro una patrullera y me haga volver a la fuerza.

—Se dictará orden de busca y captura contra ti y tus tripulantes.

Brady se echó a reír.

—Que vengan a buscarme a Quarel. ¿No sabes que allí no rigen los tratados de extradición? ¡Buenas noches, hermosa!

Ella no contestó. Mientras Brady cerraba la puerta, sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas de rabia. Apenas iniciada la misión, podía darla como fracasada.

Capítulo V

BILL CUTTS y Ray King jugaban una desmayada partida de cartas. La radio desgranaba cerca de ellos una serie de noticias procedentes de la Tierra.

Todavía volaban a una velocidad inferior a la de la luz. Las ondas hertzianas, por tanto, llegaban perfectamente a la nave, con un retraso prácticamente desdeñable. Las noticias se referían a la política del planeta.

«…el partido gubernamental ha perdido cinco puestos en la selecciones primarias continentales…» —decía el locutor.

—Cuando lleguen las elecciones generales, van a sufrir una derrota aplastante —comentó King.

«…su desastrosa política exterior, basada en una presunta defensa de los derechos de libre navegación estelar, pero que encubre un feroz imperialismo…»

—Estos no son tiempos para avasallar a nadie —dijo Cutts filosóficamente—. Se creen que están en los siglos pasados, cuando bastaba enseñar un cañoncito para atemorizar a una pequeña nación que no quería aceptar un tratado comercial.

«…por contra, los coaligados han ganado no solo esos cinco puestos perdidos por los gubernamentales, sino que su posición se ha robustecido, como consecuencia de las declaraciones del jefe de su partido, doctor Alameda, quien ha dicho…»

—Reparte naipes, Bill —pidió Ray King.

«El doctor Alameda —continuó el locutor—, ha dicho que, si su partido alcanza el poder, la política terrestre se basará en la

comprensión y en la fraternidad interestelares…»

—Palabras, palabras —refunfuñó Cutts, que era un escéptico en materia de política—. Unos y otros dicen una cosa antes de llegar al poder, pero cuando se convierten en gobierno…

—Perdón —dijo una voz en aquel momento—, me parece que no está jugando bien sus cartas, caballero.

Cutts volvió la cabeza. Era Bellotti, el ilusionista, un sujeto menudo, moreno, con una perpetua sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes blanquísimos.

—No está bien jugar con cinco ases, cuando solo hay cuatro en la baraja —añadió Bellotti.

—¿Qué? —resopló Cutts—. ¡Yo no hago trampas!

—Bill, no me engañes —refunfuñó King—. A ver, enseña tu mano…

Las cinco cartas cayeron sobre la mesa. Cutts pegó un respingo.

—Pero eso no puede ser —vociferó—. No tenía un solo as en mi mano…

—No se preocupe —sonrió Bellotti—. Tampoco el señor King puede tirar la primera piedra. Él también tiene cinco ases.

King pegó un salto en su asiento. Soltó las cartas, como si fueran otras tantas víboras venenosas.

—¡Todos son ases! —dijo, estupefacto.

Bellotti tomó el resto de la baraja y, volviendo las cartas boca arriba, las extendió sobre la mesa con rápido gesto. King y Cutts estaban atónitos.

—No sé cómo pueden divertirse jugando solamente con ases —dijo el ilusionista placenteramente—. En fin, si ese es su gusto…

Y se marchó, dejando a los dos amigos perplejos, sin saber a qué obedecía aquel misterioso trueque de una baraja que, hasta solo unos momentos antes, había sido completamente normal.

Brady estaba en la cabina de mandos, consultando sus instrumentos. El indicador de velocidad marcaba una progresión constante en la de la nave. Ya habían dejado atrás los límites del sistema solar y pronto podrían iniciar el salto que les llevaría a las cercanías de Quarel.

Era un momento delicado. Las mediciones debían realizarse con suma precisión, so pena de provocar una catástrofe. Hi-Fong entró de pronto en la cabina.

—Capitán —dijo.

—¿Qué ocurre, Hi? —preguntó el joven.

—Quiero que me acompañe. Sucede algo… poco agradable, por calificarlo de alguna manera.

Brady volvió los ojos. El rostro del chino, habitualmente sonriente, expresaba una grave preocupación.

—¿Es urgente, Hi?

—Sí, capitán.

Brady se puso en pie. Stoyle continuó en su puesto.

—Mantón la velocidad y el rumbo. No hagas nada más hasta mi vuelta —ordenó.

—Está bien —contestó el segundo.

Brady salió de la cabina, seguido de Hi-Fong. Descendieron una escalerilla de caracol, recorrieron un corto pasillo y se detuvieron ante una puerta de acero.

Hi-Fong descolgó un extintor de incendios.

—Cuidado, capitán —dijo, a la vez que abría la puerta.

Un singular espectáculo se ofreció a los ojos de Brady. Aquella puerta daba a uno de los departamentos de carga. Las cajas y los paquetes, antes cuidadosamente apilados, aparecían ahora amontonados de cualquier forma, caídos unos sobre otros, rota la envoltura en muchos sitios y corroído o desaparecido su contenido. En el suelo, se divisaba una extensa mancha amarillenta, que se movía con lentas y siniestras ondulaciones.

Fong empleó el extintor y mató a la mayor parte de las arenas vivas en pocos minutos.

—Me acordé de lo que hizo usted en el hotel, cuando le enviaron aquel paquete —dijo al terminar—. Pero es el segundo extintor que dejo vacío y desde que gasté el primero hasta que he vuelto, las arenas vivas han vuelto a ponerse en actividad. Este compartimento está infectado por completo, capitán —anunció el chino dramáticamente.

Brady asintió. La carga podía darse por perdida.

—Me pregunto cómo han podido llegar hasta aquí —dijo, tras unos segundos de silencio.

—Seguramente, en algún paquete de carga, de envoltura metálica, por supuesto, como le llegó a usted. Pero debía de tener algún mecanismo conectado a un reloj, que abrió la caja

automáticamente en el momento deseado. En un ambiente favorable, las arenas vivas se han multiplicado enormemente.

—¿Cómo llegaste a descubrirlo, Hi? —quiso saber Brady.

—Muy sencillo. Embarqué para mí una caja de botellas. Quise sacar una y me encontré con el panorama. Si me descuido, me devoran vivo. ¿Qué hacemos, capitán? En ese revoltijo, debe de haber aún millones de esos minúsculos seres…

—Las arenas vivas no pueden existir en un medio carente de oxígeno. Debemos cerrar y cortar la ventilación a esta bodega. Cuando hayan consumido el oxígeno, morirán.

El chino asintió.

—Voy a buscar a Beaucamp —dijo—. Lo haremos entre los dos.

—Muy bien. Cierra con cuidado. Ahora iniciaremos una revisión a fondo del resto del cargamento —Brady se estremeció—. Si aparecen más cajas con arenas vivas tendremos que pagar una suma exorbitante por daños y perjuicios.

—Todo lo que vale el cargamento —convino Hi-Fong lúgubremente.

La revisión se inició en el acto. Por fortuna, solo una de las bodegas y no la de mayor tamaño, había sido afectada por las arenas vivientes. Al llegar la noche, dieron por terminada la labor.

—No debimos embarcarnos nunca en este asunto —comentó el segundo con aire pesimista durante la cena.

—Ahora ya es tarde para lamentaciones —contestó Brady—. Dock, tenemos que realizar las últimas operaciones para el salto al subespacio.

Stoyle se puso en pie.

—Cuando quiera, capitán.

Los dos hombres se dirigieron a la cabina de mando. Estaban llegando a ella cuando, de pronto, sonaron unos gritos de terror.

Brady y Stoyle se volvieron. Desde el puentecillo que comunicaba el cuerpo principal de la nave con la cabina de mandos, vieron correr a varios individuos, a cuatro metros por debajo de ellos.

Uno de los que más corrían era Perry Tibbels, el representante de comercio. De súbito, se oyó un rugido aterrador.

Un espantoso animal apareció ante la vista de los dos hombres. Era uno de los temibles tigres tricéfalos de Quarel, una bestia de

pesadilla, cuyas tres cabezas se movían ondulantemente al extremo de sendos cuellos, de longitud algo superior a los de un tigre normal. Las tres gargantas emitían unos gruñidos espeluznantes y sus dentaduras chasqueaban de un modo terrorífico.

El animal, parado directamente bajo el puentecillo, meneaba la cola como si fuese a lanzarse al ataque. De pronto, un hombre apareció ante él.

—¡Señor Bellotti! —gritó Stoyle—. ¡Corra, refúgiese en algún sitio! ¡Esa bestia le hará pedazos!

Bellotti sonrió.

—No hay cuidado, amigo —contestó—. Yo tengo mis propias armas.

El tigre se agazapó, disponiéndose a saltar sobre una suculenta presa. De pronto, Brady vio que surgía del suelo, con inexplicable rapidez, una serie de ramas largas y flexibles, a modo de cuerdas, una especie de planta trepadora de crecimiento instantáneo, que envolvió al tigre en una inextricable red y le privó de todo movimiento en unos segundos.

El animal se revolcó, lanzando unos rugidos feroces, que ponían los pelos de punta. Tres de aquellas lianas vivas se enroscaron en torno a sus gargantas y, ejerciendo una fortísima presión, lo estrangularon en menos de un minuto.

Brady descendió corriendo por la escalerilla de caracol que comunicaba el puente con la plataforma inferior. El tigre yacía de costado, muerto.

Miró a Bellotti. El ilusionista sonreía.

—Le dije que lo también tenía mis armas, capitán —manifestó tranquilamente—. Buenas noches.

Y se marchó, antes de que el atónito Brady pudiera formularle la menor pregunta.

King, Hi-Fong y los demás, contemplaban la escena, apelotonados en una puerta inmediata. Brady trató de recobrar la serenidad.

—¿De dónde diablos ha salido este animal? —preguntó.

Stoyle se arrodilló junto al tigre y tocó su piel con la mano. De súbito, vio que las cuerdas vegetales se esfumaban y acababan por desaparecer.

El salto que dio, le llevó a tres pasos del cadáver de la bestia.

—¿Hay fantasmas aquí? —gritó.

King se acordó entonces de la partida de cartas.

—Es un ilusionista —dijo—. Nos ha hipnotizado a todos.

Brady pegó una patada al cuerpo inanimado de la fiera.

—Esto no es una ilusión hipnótica —dijo.

—¿Puede un hombre hipnotizar a una fiera de tal modo que ella misma crea que unas plantas trepadoras la estén estrangulando y se mueran? —preguntó Hi-Fong con voz ahilada.

Brady respiró profundamente.

—Lo mejor será que averigüen de dónde ha salido este animal —dijo—. Yo voy a ver si hablo con Bellotti.

Avanzó rectamente a lo largo del corredor hasta detenerse ante la puerta del camarote ocupado por el ilusionista. Abrió de golpe.

—¡Señor Bellotti…!

Creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas. Bellotti estaba con la cabeza hacia abajo y los pies pegados al techo. Tenía los brazos cruzados y sus ojos aparecían cerrados.

—Estoy meditando, capitán —dijo.

—Pero, pero…

El ilusionista sonrió.

—¿Le ha gustado el número, capitán?

—Oiga —dijo Brady—, no irá a decirme que se ha estado entrenando para sus próximas actuaciones.

—El tigre tricéfalo, desdichadamente, era tan real como lo somos usted y yo. Las plantas trepadoras, por supuesto, no eran más que una ilusión colectiva. El animal creyó que le estaban estrangulando… y dejó de respirar por sí solo.

—¿Y todo esto… lo ha hecho usted, con el poder de su mente?

Bellotti volvió a sonreír.

—No puedo evitarlo, capitán —contestó—. Es una suerte ser así, ¿no cree? Me gano muy bien la vida, se lo aseguro.

—No lo dudo, pero…

Bellotti apareció de repente en una posición normal, frente al joven.

—Naturalmente, no poseo las facultades de una mosca —dijo—. Usted creía verme pendiente por los pies del techo, pero, en realidad, estaba como me ve ahora. ¿Cree que tendré éxito en Quarel?

Brady se pasó una mano por la cara.

—Señor Bellotti —dijo—, ¿puedo pedirle un favor?

—Sí, por supuesto.

—Se lo ruego, no repita más sus experimentos hipnóticos mientras dure el viaje.

—Muy bien. A mi vez, yo le pediré otro favor, capitán.

—Concedido —respondió Brady.

—No deje sueltos a sus tigres tricéfalos por el interior de la nave.

—¡Pero si no transportábamos ninguno!

Bellotti sonrió.

—Cuando yo actúo, no veo nada fuera de lo corriente. Todo lo hace la imaginación de mis espectadores. Si yo veo un tigre tricéfalo, es que ese tigre existe.

—Entiendo —contestó Brady—. Le prometo que ahora mismo haré revisar de nuevo toda la carga.

—En su lugar —respondió Bellotti sibilinamente—, yo haría revisar el equipaje del señor Tibbels.

Brady miró al ilusionista un momento. Luego, sin decir palabra, giró sobre sus talones y abandonó la cámara.

Capítulo VI

LOS dos hombres se detuvieron ante la puerta de la bodega de equipajes. Brady y Beaucamp iban armados con sendas pistolas atómicas.

Beaucamp miró a su capitán. Brady hizo un signo afirmativo. El tripulante alargó la mano izquierda y abrió la puerta de golpe.

Los bultos de los pasajeros estaban correctamente estibados en las estanterías. Brady y Beaucamp cruzaron el umbral y cerraron la puerta.

Cada bulto tenía el nombre de su propietario. Brady los fue revisando uno por uno, hasta detenerse ante un conjunto de cajas, todas etiquetadas con el nombre de Perry Tibbels.

—Empecemos.

Las dos primeras cajas no contenían nada de particular. Beaucamp tomó una de mayor tamaño que las otras y la depositó en el suelo.

—Pesa relativamente poco —observó.

Luego sacó un cuchillo y forzó los cierres. Levantó la tapa. Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Rayos!

Debajo de la primera tapa, había otra de cristal, que permitía ver cómodamente todo el interior de la caja. Había seis tigres tricéfalos no mayores que un conejillo de Indias, pero de una fidelidad asombrosa en cuanto a sus rasgos anatómicos.

En un rincón de la caja divisaron dos pistilos, uno con agua y otro con comida. En el ángulo opuesto, había una cajita negra, con

unos orificios cubiertos, al parecer, con medias esterillas de cristal.

Beaucamp quiso levantar la tapa de cristal. Brady se lo impidió casi con violencia.

—¡No lo hagas! — dijo.

—Quiero examinar más de cerca uno de estos bichitos…

—Sácalo y en el acto tomará su tamaño natural —dijo Brady.

—¿Qué? ¡Eso es imposible, capitán!

Brady se arrodilló y señaló la cajita negra.

—Apostaría a que esa caja crea un campo de fuerza de sentido negativo. En cierto modo, esas fieras están ahora en otra zona espacio temporal distinta a la nuestra. Por eso las vemos tan pequeñas como conejos de Indias. Pero si salen al espacio normal, recobran su tamaño natural y…

Beaucamp asintió.

—Me pregunto para qué las llevará Tibbels en su equipaje —murmuró.

—Lo sabremos ahora mismo —dijo Brady—. Toma esa caja y lánzala al espacio a través del expulsor de desperdicios. Yo hablaré con Tibbels mientras tanto.

—Váyase tranquilo, capitán.

Brady abandonó la bodega de equipajes y subió al corredor que daba a la cubierta de pasaje. Cuando asomaba por la puerta, vio una sombra al final, que parecía salir de una de las cámaras.

Inmediatamente, levantó la mano armada y gritó:

—¡Alto! ¡Quédese quieto donde está o disparo!

La persona se detuvo. Brady echó a correr.

A mitad de camino, reconoció al individuo.

—Eres tú —dijo, sorprendido.

Colleen le dirigió una extraña mirada. Brady observó que tenía la cara sumamente blanca.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacías aquí? —preguntó.

Ella no contestó. Parecía a punto de desmayarse.

Brady volvió los ojos hacia la puerta de la cual acababa de salir la joven. Todavía estaba entreabierta.

Alargó la mano izquierda y empujó. La puerta se abrió del todo.

Tibbels estaba echado en su litera. La mano izquierda pendía laciamente fuera del borde. Su pecho estaba cubierto de sangre.

—Ya estaba muerto cuando yo llegué —dijo Colleen

roncamente.

Brady inspiró fuertemente.

—Me gustaría creerte —contestó.

—No puedo forzarte a que pienses de otro modo —declaró Colleen—. Haz conmigo lo que quieras, pero te repito que soy inocente.

—Entonces, ¿quién lo ha matado?

Colleen se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió opacamente.

—Tú viniste para hablar con él, ¿no es así?

—Desde luego.

—Has tenido tiempo suficiente para hacerlo durante todo el día. Sin embargo, viniste durante la noche, cuando creíste que nadie te vería. Como capitán de la nave, estoy en el derecho de exigirte una explicación.

—Muy bien —contestó la joven—. Entonces debes saber que Tibbels era un agente alamedista.

Brady respingó.

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular —contestó.

—Tibbels iba a realizar una misión en Quarel. Quería explorar la voluntad del actual gobierno, para el caso de que el doctor Alameda gane las elecciones el año próximo.

—Lo cual, automáticamente, lo convertía en un traidor a los ojos del partido gubernamental.

—Yo no soy quién para calificar determinadas posiciones políticas —respondió ella—. Mi misión es bien distinta.

—Tibbels buscaba la paz y la cooperación. Tú buscas la esclavitud para los quarelianos.

Colleen rio amargamente.

—Nunca me hubiera imaginado que fueses capaz de defender a los mayores ladrones de la historia de la Galaxia —dijo con cáustico acento.

—Tal vez es que yo también soy un ladrón —contestó él apaciblemente—. Puedes irte a dormir, pero no salgas de tu cámara sin pedirme permiso.

—¿Significa eso una orden de arresto?

—Digamos más bien de confinamiento preventivo.

—Los resultados serán análogos…

—¡Entonces, es una orden de arresto! —exclamó él malhumoradamente.

—Muy bien. Obedeceré, no me queda otro remedio. Pero ten en cuenta que Manston lo sabrá apenas vuelva a la Tierra.

—Colleen, aunque no lo creas, te quiero mucho. Por eso te digo que, si persistes en tu equivocada actitud, no podrás ver más a Manston.

—¿Me amenazas?

—No, en absoluto. Expreso mi opinión acerca de lo que te puede ocurrir si sigues adelante con ese insensato proyecto.

—Solo te pido una cosa: déjame en Quarel. Lo demás corre de mi cuenta… y no te preocupes mucho de lo que me pueda ocurrir —respondió Colleen con glacial acento. Giró sobre sus talones y se marchó.

Al cabo de unos segundos, Brady entró en la cámara. Tibbels había muerto instantáneamente, durante el sueño. Lo más probable era que ni siquiera se hubiese enterado de lo que le sucedía.

La causa de la muerte era harto visible: una puñalada. El arma homicida, sin embargo, no se hallaba en la cámara.

Brady cerró la puerta. Luego se dedicó a un examen concienzudo del lugar del crimen.

Cuando terminó, ya tenía formada una opinión acerca de la identidad del asesino. No obstante, prefirió esperar. Quería hacer las cosas bien.

Abandonó la cámara y cerró con doble vuelta de llave. Luego se dirigió al puente de mando.

—Duck, ¿cuánto falta para el salto? —preguntó.

—Estamos a noventa y cuatro centésimas de la velocidad de la luz —respondió el segundo—. Dentro de diez horas, aproximadamente…

Brady consultó su reloj.

—Son las once de la noche —dijo—. Se sirve el desayuno a las ocho.

—Podemos iniciar el salto después de desayunar —sugirió Stoyle.

—Será preciso posponerlo una hora más —indicó Brady.

—¿Por qué? Esa hora puede multiplicarse por sesenta en el momento de volver al espacio normal. Un retraso de dos días y

medio, comercialmente hablando, por no citar otros motivos, puede resultarnos muy perjudicial.

—Lo sé, pero tengo poderosos motivos para obrar así. Tibbels ha sido asesinado.

Stoyle dejó escapar una exclamación ahogada.

—Arenas vivas, un tigre tricéfalo suelto… y ahora un asesinato. ¿Qué más falta para redondear el viaje?

—Un error en los cálculos y nos hundiremos en el «Agujero» —contestó el joven con lúgubre ironía. Pero ninguno de los dos hombres sentía el menor deseo de reír.

A la mañana siguiente, todos, menos Stoyle, que había vuelto a su guardia en el puente, se reunieron en el comedor. Faltaba una persona y Brady envió a buscarla.

Colleen vino a los pocos momentos.

—Creí que estaba confinada en mi camarote —dijo secamente.

—He preferido levantar el confinamiento —respondió Brady—. Lo siento, pero, a menos que se trate de una enfermedad, no podemos servir las comidas en los camarotes.

Colleen se sentó en una silla.

—Como gracia, no tiene ninguna —manifestó hirientemente.

—Menos la tiene para el difunto Tibbels —dijo él—. Señor Bellotti, señor Srai —se dirigió a los otros dos pasajeros—, les supongo en conocimiento de la triste nueva del asesinato del señor Tibbels.

Bellotti asintió.

—Era un buen hombre, Dios tenga piedad de su alma —contestó virtuosamente.

—¿Quién lo mató? —preguntó N'Tu-Srai, el siriano.

Tratábase de un sujeto de regular estatura, de tez olivácea y pupilas rosadas, una extraña combinación fisonómica que, sin embargo, resultaba bastante atractiva para los terrestres del sexo opuesto.

—De eso vamos a hablar ahora —contestó Brady, mientras Hi-Fong empezaba a llenar las tazas de café—. He podido averiguar que Tibbels era un agente alamedista. Si no saben lo que significaba, se lo explicaré.

—Lo entiendo fácilmente —dijo Srai.

Bellotti hizo un signo afirmativo.

—Partidario del doctor Alameda como presidente, ¿no?

—En efecto. Los alamedistas, o coaligados, como se les quiera llamar, son partidarios del entendimiento con Quarel. Los gubernamentales propugnan la línea dura. Es preciso reconocer que tienen muchos partidarios; todavía hay quien piensa que la Tierra es el ombligo de la Galaxia.

—Racistas, imperialistas y demás —refunfuñó Srai.

—Y gente de buena fe, también —manifestó Brady—. Los alamedistas, en cambio, son partidarios de un entendimiento cordial, de una alianza basada en la confianza y la colaboración mutuas…

—Con los quarelianos solo se puede emplear el palo —masculló Srai—. Los conozco bien; son crueles, avariciosos y gentes carentes de escrúpulos.

—Hombre —dijo Bellotti riendo—, todo depende de la música que se emplee. Según la partitura, se les amansará… o se les excitará.

—Esos tipos necesitan muy poco para excitarse —dijo el siriano —. Por una centésima de talento, serían capaces de…

—Por favor —cortó Brady—, estamos aquí para discutir la muerte de Tibbels, no las características particulares de los quarelianos. Tibbels ha muerto apuñalado. Este es el hecho. ¿Quién es el asesino? Esta es la pregunta.

—¿Y quién la contestará? —exclamó Colleen agudamente.

Brady hizo una corta pausa de silencio. Luego, lentamente, se volvió hacia el ilusionista.

—Señor Bellotti, ¿quién es el asesino? —preguntó.

Capítulo VII

TODOS los presentes miraron al ilusionista. Ahora ya sabían que Bellotti estaba en condiciones de contestar a la pregunta, porque él era el asesino de Tibbels.

Bellotti, no obstante, quiso echar la cosa a broma y soltó una risita.

—Capitán, si lo supiera, ya se lo habría dicho —respondió.

—No es cosa común que el asesino confiese su crimen —dijo el joven serenamente. Sacó un objeto del bolsillo y lo lanzó sobre la mesa, en dirección al ilusionista—. Lo encontré anoche, en la cámara de Tibbels. Se le cayó a usted después de apuñalarle.

Colleen miró el objeto. Tratábase de una carterita de fósforos, de color negro, con el anuncio de una popular marca de refrescos.

—¿Cómo sabe que es mía? —preguntó Bellotti, con los ojos entrecerrados.

—Son unos fósforos especiales —dijo Brady—. Probé un par de ellos anoche. Si recordamos su profesión, sabremos fácilmente a quién pertenecen esos fósforos.

Hubo un momento de silencio. De repente, Bellotti se puso en pie y movió la mano circularmente.

—¡Esta nave va a explotar! —gritó—. ¡Corran a las esclusas de emergencia!

Pero nadie se movió de su sitio. Bellotti miró extrañado a su alrededor.

—¿Qué pasa? —aulló descompuestamente—. ¡El estabilizador de plasma se ha desequilibrado y la explosión puede sobrevenir en

cualquier momento! ¡Vean sobre la puerta la señal roja de alarma…!

—No se moleste, Bellotti —dijo Brady reposadamente—. Esta vez no darán ningún resultado sus trucos de ilusionismo. Todos, antes de venir a la cámara, tomamos una dosis de una droga antihipnótica. El estabilizador del plasma funciona correctamente y no hay encendida ninguna señal roja de alarma. ¿Le pagaron a usted por eliminar a Tibbels? ¿Quién fue? ¿Un tipo llamado Manston?

Bellotti parecía atónito. Colleen tenía los ojos fuera de las órbitas.

—No… yo no… —balbuceó el ilusionista.

—Es usted un magnífico hipnotizador, pero un pésimo agente de los gubernamentales —dijo Brady—. Simplemente, no sirve para el asesinato. Ha dejado tantos rastros, que parece que pasó un elefante por la cámara del pobre Tibbels.

Bellotti retrocedió un paso.

—Bien —dijo, inspirando con fuerza—, si mi hipnotismo no sirve, entonces tengo algo que sí vale mucho, ¡esto!

Movió la mano y sacó una pistola desintegradora. Ray King fue mucho más rápido y lo pulverizó de un disparo con la pistola que, por orden de Brady, había tenido oculta todo el tiempo bajo la mesa.

Cutts se levantó y puso en marcha los ventiladores. El humo en que se había convertido Bellotti desapareció bien pronto.

Colleen no sabía adonde mirar. El siriano parecía perplejo.

Hi-Fong entregó a la joven una taza de café. Ella agradeció el gesto con una ligera inclinación de cabeza.

—Brady —dijo ella de pronto.

—¿Sí?

—¿Cómo pudo ser Bellotti tan descuidado? Parece imposible que pudiera perder esa tira de fósforos…

Brady sonrió.

—No la perdió —contestó—. La encontré en su equipaje. Tiene unas cuantas tiras más y temé una. Él creyó que la había perdido, eso es todo.

—Todo no —contestó Colleen, algo más repuesta—. No perdió los fósforos, sino los nervios. Si se hubiese mantenido sereno, tú no

habrías podido continuar acusándole de asesinato.

Brady no se inmutó.

—Encontré otras cosas en su equipaje, bien disimuladas, por cierto. Una de ellas es una lista de los agentes con los cuales tenía que entrevistarse en Quarel. La otra…

Hizo una pausa, destinada a aumentar la curiosidad del auditorio.

—Tibbels había declarado nueve bultos en su equipaje. Yo conté diez. Uno de ellos, precisamente la caja con los tigres tricéfalos, no le pertenecía. Era de Bellotti. Y eran tigres de tamaño reducido, aunque el que vimos todos, por efecto del hipnotismo, no nos pareció de dimensiones normales. Incluso yo pegué una patada al cadáver del animal, pero es que entonces aún estaba bajo los efectos de la sugestión provocada por Bellotti y de veras creí que el animal era de tamaño natural.

—Pero, ¿por qué lo hizo? —preguntó Colleen, extrañada.

—Recuerda, Tibbels corría delante del tigre. Hubiera sido alcanzado por este, de no haber creado Bellotti la planta trepadora. Lo hizo precisamente para confiarnos a todos, para que no sospecháramos de él como el asesino de Tibbels. Pensaba matarlo anoche y lo hizo; sencillamente, no tenía confianza en que la mente de una persona no reaccionase en el último instante, si le hacía creer que una planta lo estaba estrangulando, y recobrase la conciencia, abandonando el estado hipnótico en que él podía sumirle. Una puñalada era algo mucho más seguro, ¿comprendes?

Colleen asintió lentamente.

—Entonces, ¿para qué nos mandaron a nosotros a Quarel? —preguntó.

Brady tomó la carterita de fósforos.

—Somos, simplemente, una pantalla de un proyecto mucho más ambicioso —respondió—. Los quarelianos se entretendrán con nosotros y descuidarán otros frentes, por donde serán atacados sin posibilidades de defensa. Sinceramente, no me gusta ser juguete de nadie. Y si tú lo meditas un poco, Colleen, debes de mostrarte de acuerdo conmigo. Pero no te forzaré a ello; ya tienes la inteligencia suficiente para comprender lo que te corresponde hacer.

Brady se puso en pie. Arrancó un fósforo, lo rascó contra la tira ignívoma y lo mantuvo en alto.

Brillantes burbujas de todos los colores, gratamente aromadas, se desprendieron de la cabeza inflamable del fósforo. Era un espectáculo realmente atractivo; algunas de las burbujas alcanzaban medio metro y más de diámetro y poseían un colorido y un brillo sumamente atractivos. Estallaban silenciosamente, descomponiéndose en otras burbujas, que luego, al estallar, se convertían en burbujas aún más pequeñas, hasta desaparecer por completo.

—Un número que entusiasma a públicos sencillos —dijo Brady sonriendo. Miró a la joven—. Lo siento por el derrumbe de tus ilusiones —añadió.

Ella se enderezó en su asiento.

—Se mantienen intactas —replicó—. Hi-Fong, más café, por favor.

—Sí, señorita —contestó el chino.

Brady hizo un signo con la mano.

—Duck, vámonos. Tenemos trabajo —indicó.

—Sí, capitán.

Cuarenta y ocho horas más tarde, surgieron de nuevo al espacio normal. Brady realizó algunas mediciones, consultó unos cuantos instrumentos y por fin, anunció:

—Dentro de sesenta horas podemos hallarnos orbitando en torno a Quarel.

—Buen trabajo, capitán —dijo el segundo, sonriendo—. ¿Qué dirá la chica cuando la desembarquemos?

Brady se encogió de hombros.

—Se enfadará muchísimo conmigo —respondió.

—Ya se enfadó otra vez, ¿no?

—Sí, pero aquella vez tenía razón.

—¿Y ahora?

—Duck, si fueses quareliano, ¿te gustaría que otros vinieran a indicarte qué es lo que debe hacer y lo que no debe hacer? —preguntó.

Stoyle se rascó la cabeza, perplejo.

—Capitán, la verdad es que son unos ladrones de tomo y lomo.

—Sí, pero la forma en que piensa actuar el gobierno de la Tierra no es la más adecuada para resolver ciertas dificultades.

—A veces, solo enseñando los dientes se hace que una persona

varíe de modo de pensar —dijo el segundo en tono filosófico.

—Este caso no es para enseñar los dientes, sino para llevarlo de un modo más… diplomático.

—Manston no pensaba así, capitán.

—Manston es una hechura del Ministro —respondió Brady—. Piensa lo que piensa el Ministro, eso es todo.

—Y el Ministro piensa como el Presidente.

—Lo que significa que cuando les duelen los pies, se los bañan en una palangana con agua, en la que previamente han disuelto unas cuantas aspirinas —dijo Brady mordazmente.

Stoyle se echó a reír.

—No tiene usted compasión de esos tipos —dijo.

—Me disgusta que en estos tiempos haya quien pueda pensar que ciertas dificultades solo se pueden solventar a base de emplear bombas planetarias —rezongó el joven.

De pronto, una luz centelleó en el tablero de instrumentos.

Stoyle exclamó:

—¡Capitán, una llamada exterior!

Brady alargó la mano y dio el contacto.

—¡Esta es la nave terrestre «Jane T.», al mando del capitán Brady Sharron! ¿Quiénes son ustedes? ¡Identifíquense, por favor!

—Habla el capitán Busz, comandante de la nave quareliana «Myrth». Capitán Brady, hay alguien que quiere hablar con usted. Escuche, por favor.

—Muy bien. Adelante.

Una voz femenina brotó inmediatamente por el altoparlante.

—¿Capitán Brady? Soy Zerlyna, reina de Quarel. Deseo hablar con usted, a bordo de su propia nave, si no tiene inconveniente.

Brady se quedó sin respiración por unos momentos. En cuanto a Stoyle, parecía que los ojos se le iban a saltar de las órbitas.

—¿Capitán? —dijo Zerlyna, en vista de la tardanza en recibir la respuesta.

—Perdón, señora… —carraspeó Brady—. Por supuesto, puede pasar a mi nave cuando guste. La recibiremos de acuerdo con su rango, señora.

Zerlyna soltó una risita.

—Capitán, dejemos el protocolo a un lado —pidió—. Dentro de unos minutos estaré a bordo de su nave. Tengo que hacerle una

interesante proposición. Confío en que sabremos ponernos de acuerdo. Hasta ahora, capitán.

Capítulo VIII

COLLEEN dirigió a Brady una mirada llena de irritación.

—De modo que vas a recibir a esa mujer a bordo —dijo.

—Esta es mi nave y ella es la cabeza visible de un estado planetario. Nos encontramos dentro de lo que en otros tiempos se llamaría aguas jurisdiccionales… ahora se dice espacio jurisdiccional… y pertenece a Quarel. Honradamente, ¿puedo negarme a su petición?

—Al menos, me harás el favor de obligarme a no presenciar la recepción.

—Tú no eres ningún tripulante —contestó Brady—. Puedes quedarte en tu camarote, si así lo prefieres.

—Sobre eso no cabe la menor duda —respondió Colleen agriamente. Y se marchó, sin añadir una sola palabra más.

Brady meneó la cabeza. ¿Qué clase de enemistad particular había entre Colleen y Zerlyna?

Hi-Fong llamó de pronto su atención.

—Capitán, llega un bote espacial —dijo.

—Indícale que se acerque a la esclusa número dos oeste.

—Sí, señor.

Brady observó el bote desde una de las lucernas. Era un aparato pequeño, afilado, un auténtico galgo del espacio, con una cabina de forma cupular, completamente transparente. Para asombro suyo, vio que estaba ocupado solamente por una persona.

Momentos después, entraba la mujer en la nave. Zerlyna miró a Brady sonriendo con expresión un tanto irónica.

Era una joven alta, ampliamente desarrollada, de facciones un tanto bastas, aunque no fea del todo. Tenía una frondosa cabellera negra y sus labios eran gruesos, muy rojos y pulposos. Lo más bonito de todo eran sus ojos, grandes, rasgados, de pupilas intensamente negras.

Los tripulantes estaban formados en una fila, a excepción del segundo, que mantenía la guardia en el puente. Zerlyna sonrió y alargó una mano a Brady.

—Hace tiempo que no nos veíamos, muchacho —dijo desenvueltamente—. Te encuentro más apuesto y atractivo que nunca.

Brady realizó una profunda inclinación.

—Señora, sus palabras me confunden…

—¡Ta, ta! —dijo ella burlonamente—. Es la verdad, Brady Sharron; eres todo un tipo, como se ven muy pocos en mi asqueroso planetoide. Pero, ¿qué hacen ahí esos pasmados?

—Señora, es la tripulación…

—Diles que se larguen. Quiero hablar a solas contigo.

—Muy bien, señora. Muchachos, déjennos solos.

Los tripulantes se alejaron. Una vez a solas, Zerlyna dijo:

—¿Has tomado parte alguna vez en una cacería de pterodáctilos espaciales?

Brady pegó un bote de casi medio metro de altura.

—¡Señora!

—No, no es una broma —contestó ella—. Creo que has oído hablar del «Agujero», ¿no?

—Sí, en efecto.

—Es un curioso fenómeno espacial, que ningún científico ha sabido explicar satisfactoriamente hasta el momento. Pues bien, los pterodáctilos espaciales viven, precisamente, en el interior del «Agujero». Su caza es algo emocionante, excitante… ¿Quieres acompañarme?

Brady estudió un momento el rostro de la joven. Ella sonreía, pero Brady vio detrás de aquella sonrisa una muda petición de algo que no podía comprender por el momento.

—No irás a defraudarme en tu fama de hombre valiente —dijo Zerlyna intencionadamente.

—Señora, si usted va a cazar pterodáctilos espaciales, yo

también puedo ir —contestó Brady al cabo.

—Gracias, muchacho —dijo ella—. Partiremos en el acto… después de que haya conversado brevemente con uno de tus pasajeros.

Brady enarcó las cejas. Zerlyna añadió:

—Se trata de Colleen Arvin. ¿Puedes llamarla?

—Por supuesto, señora.

Brady fue al camarote que ocupaba Colleen.

—Ella quiere verte —anunció.

—¿Y si no voy? —contestó la joven desafiante.

—Se lo diré —indicó Brady sin inmutarse—. Pero no creo que te resulte muy conveniente desoír una llamada de Zerlyna, puesto que, oficialmente, tu viaje a Quarel está motivado por el establecimiento de una sucursal de «La Jarra de Fuego».

Colleen se rindió.

—Después tomaré una pastilla amnésica —dijo en tono insultante.

Pasó por delante del joven y se dirigió al salón. Zerlyna se había sentado negligentemente en un diván y contempló a Colleen con expresión calculadora.

—Estoy aquí —dijo Colleen.

—Ya lo veo —respondió Zerlyna—. Quiero indicarte algo que te puede interesar sobremanera. Estamos enterados de tus planes. Sabemos a qué vienes a Quarel y cuáles son tus propósitos. Lo mejor será que los des al olvido y te dediques exclusivamente a tu negocio.

Colleen abrió la boca. Zerlyna no la dejó hablar.

—Brady y yo nos vamos de cacería —dijo—. Mientras, habrás de permitir que un pelotón de mis soldados registre tu equipaje, y la nave también, si es preciso, para hacernos cargo de esa bomba planetaria que pensabas utilizar contra nosotros. Por tu propio bien, te aconsejo la entregues sin oponer resistencia. De lo contrario…

La amenaza flotaba en el ambiente. Brady sonrió interiormente al figurarse la ira que se había posesionado de Colleen.

—Si nos entregas la bomba, permitiré que te establezcas en Quarel —continuó Zerlyna—. En caso contrario, serás acusada de atentado planetario y juzgada y sentenciada en consecuencia.

—¿Có… cómo lo sabes? —preguntó Colleen, recobrando por fin

el uso de la palabra.

Zerlyna se puso en pie.

—Yo también tengo agentes en la Tierra —contestó—. Y mejores de lo que puedas creer. Sencillamente, no queremos conflictos; por eso nos mostramos tan moderados.

Dio unos pasos hacia la puerta, pero, de pronto, se volvió y la miró de pies a cabeza.

—Colleen, aunque tú no lo creas, yo no soy la culpable de… nuestra situación particular —dijo incisivamente—. Si lo fuera… tú ya estarías convertida hace tiempo en polvo. ¿Vamos, capitán?

—Va… vamos, señora —contestó Brady precipitadamente.

En la compuerta interna de la esclusa, Zerlyna dijo:

—Ordena a tu piloto que mantenga la nave en la misma situación hasta nuestro regreso.

—Sí, señora.

Brady habló brevemente con Stoyle. Momentos después, se hallaba a bordo del bote espacial.

El tránsito se hizo mediante un tubo estanco, flexible, que ahorraba el empleo de trajes espaciales. Brady se acomodó en su asiento y se colocó las correas de sujeción.

—Si no te importa, pilotaré yo —dijo Zerlyna.

—A su gusto, señora…

—Llámame por mi nombre —pidió ella—. Aquí, a solas, los tratamientos estorban —le miró de soslayo, mientras sonreía—. Como estorbaban en otros tiempos. ¿Te acuerdas? Ya hace más de diez años de aquello —suspiró.

Brady asintió en silencio. Zerlyna suspiró:

—Lástima que la razón de Estado se impusiera sobre nuestros sentimientos. Tuve que casarme con quien no quería… y no está bien hablar de un muerto, pero no lamenté en absoluto haberme quedado viuda.

—Por ahí se decía que tu consorte había muerto envenenado —dijo Brady con rostro inexpresivo.

—¡Calumnias! —protestó ella indignadamente—. Si lo hubiese asesinado yo, te lo diría con toda franqueza. No; murió, simplemente, a causa de una bárbara indigestión. Nunca supo contenerse y eso lo mató. Menos mal que me dejó algo que estimo más que a mi propia vida.

Brady miró a la joven con asombro. Ella, orgullosamente, añadió:

—Mi hijo.

Brady se preguntó cómo podría haber olvidado al heredero del trono de Quarel. Nunca había sido mencionado en las conversaciones, como si jamás existiera. Sencillamente, lo habían considerado como algo en lo que no valía la pena interesarse.

—Olvidas que me casé a los dieciocho años —dijo Zerlyna—. Ya he cumplido veintinueve…

—Pues no los aparentas —dijo él de buen humor.

Zerlyna se sonrojó ligeramente.

—No me halagues —murmuró con fingida aspereza—. Es un muchacho maravilloso y yo abrigo la esperanza de que su espíritu no se torcerá. Entonces será el mejor rey que Quarel haya tenido jamás. Ya va a cumplir los diez años. Dentro de once, si todo va bien, si veo que continúa manteniendo su nobleza de carácter, le cederé mi sitio.

—Y te convertirás en la reina madre, quién sabe si ya esposa de algún hombre que esta vez sí sepa hacerte feliz.

Zerlyna emitió un profundo suspiro.

—No creo que eso ocurra, aunque tampoco debo descartarlo. Pero mi interés primordial se centra en Lery, mi hijo, y Quarel, mi país.

—Te comprendo perfectamente —dijo Brady.

—No esperabas que saliera a tu encuentro, ¿verdad? —sonrió ella—. ¿Quizá te imaginabas llegar a mi palacio cargado de cadenas… o proponiéndome algún nuevo cachivache fabricado por vosotros, los terrestres?

—Tú ya sabes a qué veníamos a Quarel, extraoficialmente, se entiende —dijo él. Zerlyna asintió y Brady continuó—: Las palabras que has pronunciado a bordo de mi nave demuestran que tienes un magnífico servicio de espionaje.

—No lo puedo negar —contestó la joven—. Precisamente por eso he salido a vuestro encuentro. ¿Pensabas actuar contra mí… es decir, contra nosotros?

Brady vaciló un poco.

—Ahora ya lo has descubierto —dijo—. Cualquier cosa que yo pueda expresar ahora como respuesta podría ser interpretada como

un alegato defensivo para mejorar mi situación.

—Sé que eres sincero y que no me mentirías —dijo ella—. Habla, te lo ruego.

—Pues bien, aunque en un principio acepté la misión, sujeto a un chantaje, luego, cuando ya estábamos en el espacio y conocí todos los detalles, me negué a seguir adelante. Colleen intentó destituirme y ninguno de mis hombres aceptó ocupar mi puesto. Todos nos declaramos contrarios al proyecto.

—¿Y qué ibais a hacer con ella?

—Particularmente, pensaba persuadirla del disparate que es la misión, aparte de quitarle la bomba planetaria. No he tenido tiempo de una cosa ni de otra.

—Pero, al menos, le habrías quitado la bomba.

—Eso es seguro. Luego, en el peor de los casos, la habría desembarcado en Quarel. Y nosotros habríamos tenido que quedarnos allí, al no poder regresar a la Tierra.

Zerlyna asintió meditabundamente.

—No eres hombre capaz de engañar a nadie, al menos en asuntos trascendentales —dijo—. Aunque, según qué clase de asuntos, también se pueden considerar como trascendentales —añadió maliciosamente.

Brady se sonrojó.

—Los astronautas somos como los antiguos marinos: en cada puerto un amor —contestó.

Zerlyna puso una de sus manos sobre la de Brady.

—No te lo reprocho. Fueron unas semanas deliciosas… y me compensaron de muchos malos ratos pasados. Pero no hemos nacido el uno para el otro… Atención, estamos a punto de zambullirnos en el «Agujero». ¿No has pasado nunca al… otro lado?

Brady se estremeció.

—Confieso que no —respondió.

—Es la aventura más excitante que se pueda imaginar —dijo ella con extraña vehemencia. Le miró de soslayo—. ¿Sabes que corremos el riesgo de no regresar?

Brady mantuvo el rostro impasible. No quería dar muestras del temor que sentía.

—Si tú has estado antes, no veo por qué no he de poder entrar en el «Agujero» contigo —respondió sencillamente.

El bote había arrancado apenas estuvieron los dos a bordo. Acelerando terriblemente, había alcanzado en pocos minutos una gran distancia de la nave de Brady.

—Ahora —dijo ella—, desconectaré los sustentadores de espacio normal y dejaré al bote sin gobierno. El resto… lo hará el propio «Agujero» —las manos de Zerlyna se movían rápidamente sobre el teclado del cuadro de mandos—. ¡Agárrate, que nos zambullimos! —gritó de repente.

Capítulo IX

GIGANTESCAS ondas invisibles envolvieron al minúsculo botecillo espacial, lanzándolo hacia unos abismos que no parecían tener fin. Brady creyó verse envuelto en un pavoroso torbellino de silencio, que hacía girar a la navecilla como una pelota. La estructura crujía lamentosamente y las luces del cuadro de mando chispeaban como si los instrumentos hubieran enloquecido de repente.

Brady notó la angustiosa sensación de hundirse verticalmente, a la vez que el bote giraba y giraba en un espantoso vórtice invisible, impalpable, de absoluta oscuridad, donde las estrellas habían desaparecido por completo y la palabra luz carecía de sentido. De pronto, sonó un fuerte chasquido y el bote empezó a estabilizarse.

—Ya hemos pasado lo peor —dijo Zerlyna de pronto.

Salieron a un espacio extraño, inundado por una claridad lechosa, poco más que una penumbra crepuscular, sin límites, en donde parecía reinar un silencio agobiante. Largas tiras de vapor corrían perezosamente en varios sentidos, envolviendo a veces al cohete y deshilándose luego a popa, para reunirse en grandes celajes que se esfumaban hacia atrás con gran lentitud.

—Este es el «Agujero» —dijo Zerlyna—. Pocas personas pueden alardear de haber pasado al interior y contarlo. Tú serás una de ellas, Brady.

—¿Crees que volveremos?

—Estoy segura de ello —respondió la joven—. Ya he estado aquí varias veces. Antes, las naves se perdían, por falta de orientación.

Simplemente, no encontraban la entrada. Los instrumentos se alteraban por completo y… bueno, el caso es que ahora se ha conseguido el modo de que sigan emitiendo sus indicaciones.

—Tengo entendido de que habéis ampliado los límites del «Agujero» como medio coercitivo para determinadas naves, cuyos capitanes tratan de eludir el pago de lo que consideran derechos arbitrarios de estadía o de aduana.

—Algo hay de eso —contestó ella con indiferencia—. El «Agujero», sin embargo, tiene una cosa buena, Brady.

—¿Sí?

—Consiste en que no permite las comunicaciones con el espacio normal. Si alguien ha instalado algún emisor a bordo del bote, para escuchar lo que vamos a hablar, se llevará un palmo de narices.

—Olvidas que ya hemos tocado algunos temas de relativa trascendencia —le recordó él.

—Sí, pero ha sido un diálogo, más o menos, como el que algunos esperaban que sostuvieran Zerlyna y… un antiguo admirador suyo. El verdadero diálogo es el que va a tener lugar ahora, Brady.

El terrestre intuyó alguna sensacional revelación. Zerlyna calló un momento y dijo:

—Vuestra misión, en cierto modo, era una misión extremista dirigida contra unos extremistas, ¿no es así?

—Se le puede dar esa calificación, en efecto —admitió él.

—Tengo mala fama, lo sé… y con algún fundamento —siguió la joven—. Parece que todo el que defiende a su planeta, siempre que sus actos vayan en contra de los intereses de la Tierra, es un nacionalista extremista o algo peor. Pero, ¿qué hace vuestro gobierno, sino, al aprovecharse de su fuerza, mostrar un imperialismo agresivo del que lo menos que se puede decir es repugnante?

—Sí, tienes razón —murmuró Brady—. ¿Qué más?

—No soy como vuestros servicios oficiales de propaganda se empeñan en mostrarme al público. He de admitir que algunos de mis ministros sí lo son; Taloih, por ejemplo… y algún otro. Pero, ¿qué mejor impresión que se da a vuestro público de la lucha de un gobierno noble y demócrata contra otro de salvaje autoritarismo? Luz contra tinieblas, paz contra belicosidad… y, sin embargo, es todo lo contrario.

—Zerlyna, no me negarás que la elevación de tarifas…

—Estamos en nuestro derecho —protestó ella—. El suministro de combustible plasmático se hace a precios asombrosamente ridículos. Vosotros tenéis la «sana» costumbre de pagar las materias primas a precios bajísimos y vender los productos manufacturados a precios de escándalo. Cuando alguien quiere un reajuste en uno y otro sentido, se le llama tirano, extremista o barbaridades por el estilo. Nosotros queremos sacar el mayor provecho de nuestra situación estratégica, eso es todo.

—En lo cual, estoy de acuerdo. Pero parece ser que los linces de la IV Federación Galáctica andan de por medio en el asunto… y hay que conocerlos para saber las escasas simpatías que les inspiramos los terrestres, de uno y otro bando.

—Lo sé. Algunos de mis colaboradores parece que coquetean políticamente con los de la IV Federación. Brady, yo quiero evitar graves disturbios. Tienes que ayudarme, te lo suplico.

—No veo cómo… —dijo él, confundido.

—Estoy tratando de conciliar opiniones distintas. Quiero moderación, quiero paz para mi pueblo, quiero que obtenga los mayores beneficios posibles de nuestras riquezas naturales, que nadie nos mediatice… Esto no es una labor fácil, porque estoy atrapada entre dos extremismos: el vuestro y el de los míos.

—Si el doctor Alameda llega a la presidencia, las cosas cambiarán —dijo Brady.

—Sí, pero faltan casi dos años para las elecciones y, mientras tanto, el actual presidente se mostrará más duro que nunca. Y mis colaboradores no cederán tampoco. El resultado, si estallase un conflicto, sería la destrucción de Quarel… por culpa nuestra, naturalmente.

—Zerlyna, no pretenderás que vuelva a la Tierra y mate al presidente. No tengo vocación de asesino político —dijo Brady.

—No te pido tanto. Solo quiero… que encuentres las pruebas de las relaciones de Taloih con los de la IV Federación. Encontrándolas, lo hundiré políticamente… y vuestro gobierno no tendrá ya fuerza para actuar contra nosotros.

—Queda en pie el problema de las tarifas —dijo Brady.

—En el momento en que la Tierra las reduzca, como mínimo, en un veinticinco por ciento, nosotros reduciremos las nuestras al

estado anterior—prometió Zerlyna—. Y si no es así, continuaremos ampliando los límites del «Agujero» hasta diez años luz. El próximo mundo habitado está a veinte años luz y las leyes galácticas permiten extender la jurisdicción de un planeta hasta el punto medio de la distancia que le separa del planeta habitado más cercano.

—En eso tienes razón, pero no veo la utilidad de ampliar las dimensiones del «Agujero» —objetó él.

—Brady, sé sincero. ¿Qué harían las naves terrestres si nosotros nos limitásemos a una simple prohibición? Burlarse de ella y seguir adelante, ¿no es cierto?

—Olvidas que Quarel es punto inevitable de parada.

—El día en que vosotros sinteticéis el plasma, habremos perdido gran parte de nuestras ventajas. Quiero asegurar nuestro porvenir, no exprimir a los navegantes del espacio. Me parece que las soluciones que ofrezco no pueden ser más sensatas.

Brady asintió.

—Haré lo que pueda… aunque desde aquí te anuncio que he sido atacado un par de veces, con ánimo de darme muerte, que han intentado destruir mi nave… y que se ha producido un asesinato a bordo.

—Me imagino que la tarea no será fácil. Ayúdame, Brady —insistió Zerlyna.

—Desde luego. No va a ser tarea fácil… aunque pondré en ella todo mi empeño.

—Cuando llegues a Quarel, si un día tienes necesidad de mí, ponte al habla con un capitán de mi guardia llamado Z'noro. Es un hombre absolutamente leal, en quien puedo confiar plenamente. Y tú también, Brady.

—No olvidaré ese nombre…

Brady se calló de pronto. Acababa de ver un movimiento extraño en el fondo de aquel saco de penumbra.

—Zerlyna, creo que ya tenemos uno de tus pterodáctilos a la vista —dijo.

Ella aguzó la vista.

—Sí, es cierto —contestó—. Ahí está. ¿Te atreves a cazarlo por ti mismo?

—Bien, yo…

—Te dejo los mandos. Esa hilera de botones rojos sirve para disparar los cohetes. No los lances a menos de mil metros; correrías el riesgo de hacerlos inefectivos. Y si disparas a mayor distancia, pueden explotar inofensivamente. Presiona ese botón verde…

Brady lo hizo así. Una esfera graduada apareció inmediatamente sobre el parabrisas.

—El telémetro —anunció la joven—. Ten en cuenta que el pterodáctilo es capaz de volar fácilmente a diez veces la velocidad del sonido.

Brady se estremeció.

—¿De dónde habrán salido esos bichos? —murmuró.

—Se supone que hay un planeta escondido en el fondo del «Agujero» —contestó Zerlyna—. Nadie sabe aún dónde está… pero puede que un día me decida a organizar una expedición exploratoria. Esos pajarracos viven en alguna parte y, de cuando en cuando, suben muy alto… Cuidado, ahí viene…

Brady contempló al gigantesco animal, con alas de murciélago, un reptil alado que parecía arrancado de algún dibujo de las épocas prehistóricas terrestres. Pero su tamaño era muy superior al que habían tenido los propterodáctilos de la Era Secundaria de la Tierra…

Movía las alas lentamente en apariencia, pero su tamaño aumentaba con vertiginosa rapidez. Brady maniobró en los mandos, procurando centrar el cuerpo del reptil volador en la cruceta del telémetro de puntería.

Aunque carecía de puntos de referencia, pudo apreciar que Zerlyna no había exagerado en absoluto sobre su velocidad. El animal se les echaba encima a más de diez mil kilómetros por hora.

Un rápido cálculo le hizo saber que el pterodáctilo, cuya envergadura alar calculó en unos sesenta metros, recorría nada menos que un kilómetro en poco más de un tercio de segundo. El disparo tenía que ser hecho pues, con absoluta exactitud o…

Apuntó con infinito cuidado, conteniendo la respiración. El telémetro era de suma precisión y expresaba las distancias mínimas por decenas de metros.

Cuando el animal estaba a mil trescientos metros, presionó uno de los botones de disparo. Sabía que entre la transmisión de la orden de su cerebro al brazo, la presión del dedo sobre el botón de

fuego y la acción de este sobre los mecanismos de proyección del cohete, transcurrirían unas fracciones de segundo. El cohete partió justo cuando el animal estaba a mil setenta metros.

Inmediatamente, empujó la palanca de rumbo vertical hacia adelante. El cohete ejecutó una aguda zambullida en el espacio. Durante una milésima de segundo, Brady pudo entrever una espantosa masa grisácea sobre sus cabezas, unos dientes del tamaño de colmillos de elefantes, unas uñas como lanzas… y un terrible remolino que zarandeó brutalmente al aparato, sacudiéndolos en sus asientos con tremenda fuerza.

Zerlyna gritó instintivamente. Algo emitió un violentísimo chispazo. Brady procuró estabilizar la nave.

Describió una gran virada. El pterodáctilo retrocedía lentamente, las alas parcialmente replegadas y la cabeza extrañamente torcida. Un chorro de líquido viscoso, de color rojo muy oscuro, brotaba de su pecho y parecía dirigirse hacia la nave.

Brady eludió el encuentro con el gran pajarraco. Le extrañó que volase «hacia atrás».

—No vuela hacia atrás —le aclaró Zerlyna—, sino que «cae» hacia su planeta de origen. Nosotros estamos ahora situados en posición vertical a su superficie y esto es lo que te produce la ilusión de que el animal retrocede, cuando lo cierto es que está cayendo.

Brady asintió. Durante unos instantes, se dedicó a volar en torno al reptil volador, muerto instantáneamente a causa del certero impacto. Zerlyna tomó unas cuantas fotografías.

—La atmósfera es irrespirable, por eso no salgo a recoger ningún trofeo —dijo—. Te daré una fotografía, para que la amplíes y la coloques algún día sobre la repisa de tu chimenea.

Brady asintió.

—Muy bien —dijo—. Creo que ya tengo bastante de sesión de caza. ¿Volvemos?

—Tomaré los mandos —dijo ella—. Ahora pondré en acción los sustentadores y regresaremos al espacio normal.

—Ha sido una experiencia fascinante —suspiró Brady—. Y una conversación muy amena.

—Por supuesto —sonrió ella—. Brady, tengo un hijo… y un deber que cumplir, pero si no se dieran ninguna de esas dos

circunstancias, créeme, las cosas cambiarían radicalmente para nosotros dos.

Brady asintió.

—Es nuestro destino —murmuró—. De todas formas, te recordaré siempre.

—¿Aunque estés al lado de Colleen? —preguntó Zerlyna maliciosamente.

—Dudo mucho de que un día pueda suceder algo parecido —respondió él—. Por cierto, Colleen parece sentir hacia ti un odio particular. ¿A qué es debido?

—¿Por qué no te lo aclara ella? Pregúntaselo, que te dé ella misma la respuesta. Puede que así comprendas mejor.

—No querrá contestarme… pero lo intentaré. Ah, olvidaba una cosa. Sigue gobernando la nave, pero no salgas del «Agujero» hasta que te lo diga.

Zerlyna obedeció, aunque con cierta extrañeza.

Brady se quitó las correas de seguridad, se puso en pie y empezó a hurgar en todos los rincones de la cabina.

Conocía bien aquel tipo de botes espaciales. A fin de cuentas, se fabricaban en la Tierra y no había recoveco que le fuera desconocido.

Un cuarto de hora más tarde, sacó una cajita poco mayor que un paquete de cigarrillos. Zerlyna la contempló con ojos de asombro.

—No había una emisora de radio, sino una grabadora —explicó él—. De este modo, Taloih y los suyos habrían tenido conocimiento completo de nuestra conversación.

—Son muy astutos, terriblemente astutos —murmuró Zerlyna—. Va a resultar una labor enormemente difícil deshacernos de ellos.

—Quizá menos de lo que tú misma crees —contestó Brady pensativamente.

Capítulo X

CUANDO regresó a la nave, los tripulantes le acosaron a preguntas,

Brady les mostró unas cuantas fotografías, tomadas durante la cacería. La cámara usada por Zerlyna era de revelado instantáneo y los positivos, en color, resultaban de un realismo sorprendente.

Brady dejó que las fotografías hablaran por él. Luego se dirigió a la cámara ocupada por Colleen.

Llamó a la puerta. Ella abrió y le dirigió una mirada irritada.

—¿Te has divertido mucho? —preguntó.

—No puedo quejarme. He cobrado una pieza… y he podido enterarme de algunas cosas de verdadero interés.

—A mí no me interesan en absoluto —respondió Colleen desabridamente—. La misión ha fracasado.

—¿Han encontrado la bomba planetaria?

—¿Esperabas otra cosa?

—Lo siento, querida —dijo él, meneando la cabeza—. Es preferible que haya ocurrido así. Esto te permitirá… seguir viviendo y montar la sucursal de tu taberna.

—Me volveré en la primera astronave que parta de Quarel —prometió la joven.

—No puedo impedírtelo. Tampoco te diré que cometerías una tontería si así lo hicieras, pero ya tienes edad para juzgar tus actos por ti misma.

—Manston te pondrá la mano encima en cuanto pueda.

—Desde Quarel, me reiré de Manston y de toda su cohorte de

repulsivos ladrones del espacio, porque, bien mirado, son unos ladrones —contestó Brady—. A propósito, he hablado con Zerlyna de ti.

—Me lo figuraba. No te habrá hablado bien de la mujer que pretendía volar su planeta.

—Pues no creas, se ha mostrado comprensiva. Lo único que no ha querido es decirme los motivos de tu resentimiento hacia ella. Dice que tú puedes explicármelos mejor…

—Ni lo sueñes — le interrumpió Colleen fríamente—. ¿Era eso todo lo que tenías que decirme?

—Bueno, si quieres ver las fotografías de la pieza que he cobrado, están en el comedor. Con tu permiso, necesito un baño.

Colleen cerró de un portazo. Brady soltó una risita.

Pero luego se quedó muy serio. Tenía algo que hacer y, aunque había anunciado su relativa facilidad, lo cierto era que no sabía cómo empezar.

Porque, ¿cómo se las iba a arreglar para encontrar las pruebas contra Taloih y sus colaboradores?

* * *

Despachados los trámites reglamentarios, se permitió el aterrizaje de la «Jane T.» en el astropuerto de Quarel.

Los aduaneros subieron a bordo e inspeccionaron la carga. Brady firmó un cheque por el importe de las tarifas de aduana y otro por el de las estadías en el astropuerto, calculado sobre un tiempo mínimo de permanencia en el planetoide. Cuando terminó, el día agonizaba.

Se cambió de ropas. Dos de sus hombres permanecerían en la nave. Los tres restantes podían ir a divertirse a la capital, les anunció.

Con un maletín de aseo en la mano, se dirigió hacia la salida del astropuerto. La capital se divisaba a lo lejos, casi en el horizonte.

Subió a un taxi monorrueda, fabricado en la Tierra, naturalmente, con el giróscopo ajustado a la media gravedad reinante en Quarel. Conocía, de anteriores estancias, un buen hotel, y le indicó la dirección a su conductor.

El vehículo partió velozmente. Brady pudo ver que otro taxi les seguía de inmediato. ¿Le vigilaban?, se preguntó.

En todo caso, llegó al hotel sin el menor contratiempo, a pesar de haber atravesado por un sector completamente desierto, donde el atentado personal era cosa sencilla. Como le conocían de otras veces, el recepcionista le dio una de las mejores habitaciones, cosa que Brady agradeció con una suculenta propina.

Subió a su cuarto y dejó el equipaje sobre la cama. Desde la ventana, contempló el fantástico espectáculo de la capital del planetoide, iluminada por cientos de miles de lámparas multicolores.

No había orden alguna en la construcción de edificios, calles y avenidas. Era una anarquía total, aunque, en cierto modo, planificada: cada cual podía edificar una casa de uno o cien pisos, donde quisiera, sin pedir permiso a nadie, con la única salvedad de que, si no formaba cuerpo con otra, para constituir una calle o avenida, tenía que hallarse como mínimo a cincuenta metros de la más próxima.

Pero nadie decía nada si la casa torcía iniciando un ángulo en la calle de que formaba parte. Había también numerosas avenidas elevadas, de la suficiente solidez para soportar decenas de edificios de varios pisos. Las calles hervían de gentes y de vehículos monorruedas.

El dinero corría fácilmente en Quarel. Había abundancia de policía, pero no solía intervenir, a menos que cualquier disputa amenazase convertirse en un motín. Las muertes y asesinatos eran cosa corriente; no se perseguía al que mataba en defensa propia, pero el asesino era castigado sumariamente, si se le atrapaba, en el mismo lugar del delito.

Brady empezó a pensar en la forma de llevar a cabo su misión. Si Zerlyna conseguía deshacerse de Taloih, se encontraría en una posición óptima para negociar con la Tierra. Las negociaciones, sin duda, serían largas y no fáciles, pero tendría tiempo de esperar la llegada de Alameda a la presidencia. Entonces, todo cambiaría.

Los ultras, de uno y otro bando, serían barridos. La eventual amenaza de una coligación con la IV Federación se alejaría de un modo prácticamente definitivo.

No sabía cómo empezar. De pronto, recordó a un viejo conocido suyo, un nativo quareliano en quien creía poder confiar.

Consultó su reloj. Eran las nueve de la noche.

Abrió el maletín y se colgó del cinturón una pistola desintegradora. Podía llevarla impunemente. Lo único que tendría que hacer era cuidar de no usarla arbitrariamente; si le atrapaba una patrulla de policía, le fusilaría inapelablemente contra el primer muro.

Salió del hotel. A los pocos pasos, notó que le seguían.

Taloih desconfiaba de él, se dijo. El primer ministro debía de estar dándose a todos los diablos al no poder tener copia de la conversación sostenida entre él y Zerlyna. Ahora, por lo menos, quería conocer cada uno de sus pasos.

Caminó tranquilamente, en lugar de tomar un taxi, como había pensado en un principio. A cien metros, dobló una esquina.

Se detuvo allí, con la espalda apoyada en la pared. Era un lugar relativamente oscuro y poco transitado. Los pasos del espía se acercaron.

El hombre giró a su izquierda. Algo duro le golpeó en el cráneo.

Brady se agachó sobre el espía y le desvalijó por completo. Así podría alegar que había sido atacado por un ladrón. «Al menos, sufragará mis gastos de esta noche», pensó divertidamente, mientras continuaba su camino.

Momentos después, tomó un taxi y le dio la dirección de su amigo. Un cuarto de hora más tarde, el monorrueda se detenía ante la fachada de un edificio brillantemente iluminado.

Brady dio una generosa propina al taxista. Luego se dirigió con paso firme hacia la casa. En la puerta, enorme, de forma semicircular, lucía un gran rótulo en lengua quareliana, que Brady conocía a la perfección: «La Copa de Plasma». Era un título adecuado para el local.

Dos hombres salieron peleándose a la calle, enarbolando ambos los restos de sendas sillas. Brady se hizo a un lado. Unos cuantos curiosos animaron con sus gritos a los contendientes. Uno de ellos, estrelló la pata de una silla contra la cabeza de su contrincante y se erigió en vencedor. Sonaron aplausos.

El vencedor miró sonriente en torno suyo. De pronto, se fijó en Brady.

—Usted no aplaude, amigo —dijo belicosamente.

—No.

La respuesta fue seca, lacónica. El quareliano, un hombre

enorme, gigantesco, movió su cabezota.

—Me gusta el ruido de los aplausos —dijo—. Junte las manos y apláudame.

Los curiosos contemplaban la escena, refocilándose ante la perspectiva de presenciar una nueva pelea. Brady sonrió.

—Usted me derrotaría fácilmente. No le veo arma alguna, a excepción de su garrote, y yo no puedo usar mi pistola.

—Si quiere, me ataré un brazo a la espalda —fanfarroneó el gigantón.

Brady metió la mano en su bolsillo.

—Hay una forma mejor de vencerle a usted, amigo —contestó. Y lanzó al aire un puñado de monedas de medio talento—. ¡Repártanselo, muchachos! —gritó.

Dos docenas de individuos se arrojaron sobre el gigante, atropellándolo en su ansia de apoderarse de las monedas. El provocador cayó al suelo y fue implacablemente pisoteado por más de veinte pies, que se movían con feroz simultaneidad. Una bota se estrelló contra su cabeza y las protestas del gigante cesaron en el acto.

Riendo de su hazaña, Brady penetró en el local. Era enorme, tan grande o más que la taberna de Colleen. El bullicio era ensordecedor. Había bonitas muchachas sirviendo continuamente a los clientes. En el escenario, veinte hermosas mujeres se movían con precisión militar a los poco oídos acordes de una pegadiza melodía.

Brady fue sorteando mesa tras mesa, hasta alcanzar el mostrador. Una bella camarera se inclinó hacia él. Brady lanzó al aire una áurea moneda de medio talento.

—Esto da derecho a cinco botellas de champaña terrestre —dijo la chica.

—Ponme solo una copa de jerez —sonrió Brady—. El resto, para ti y para que me anuncies a Kareb.

Ella sonrió.

—Lo haré ahora mismo, buen mozo —contestó.

Momentos después, volvía con la copa y la respuesta.

—Kareb le espera en su despacho —dijo.

Brady tomó un sorbo de vino.

—Gracias, hermosa. Si tengo tiempo, vendré a esperarte a la salida.

Ella hizo aletear sus pestañas.

—Sí —dijo solamente.

Brady se dirigió al despacho del dueño del local. Conocía de sobra a Kareb y había preferido anunciarse, para no interrumpir alguno de sus negocios, muchos de los cuales bordeaban los límites legales.

Llamó a la puerta. Kareb dio permiso y Brady hizo girar el pomo.

Kareb le miró desde detrás de su mesa de despacho. Era un sujeto enorme, aunque no alto. Su enormidad consistía en los ciento treinta kilos que pesaba. Brady y Kareb habían hecho algunos buenos tratos en el pasado y se apreciaban mutuamente.

—Capitán, celebro verle de nuevo por mi casa —saludó Kareb—. ¿Una copa?

—Gracias, ya he bebido en la barra —Brady se sentó en un ángulo de la mesa—. Kareb, ¿sabe que es posible que tenga competencia en Quarel?

—Sí, he oído hablar de ella —dijo el gordo con indiferencia—. Hablando francamente, capitán, esa chica no me preocupa. Ella y yo y mil taberneros más, podemos vivir perfectamente aquí de robar a la clientela.

El gordo celebró su propio chiste con una estruendosa carcajada. Brady sonrió.

—Está bien informado, Kareb —dijo.

—Aquí se oyen muchas cosas —respondió el quareliano—. Bueno, capitán, al avío. ¿De qué se trata?

—A usted le gustan las cosas directas —manifestó Brady.

—Según con quién. Con usted, se puede hablar sin rodeos. ¿Qué quiere, aprovisionar de plasma su nave, pagando solo la mitad de lo suministrado? Puedo hacérselo, aunque habrá de pagar, en realidad, tres cuartos…

—No se trata de mi nave, sino de Taloih.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Kareb, con una agilidad propia de su corpachón, se puso en pie y corrió a la puerta, cerrándola con doble vuelta de llave.

—¡Por los cien mil planetas de la Galaxia! —masculló—. Capitán, ¿por qué tiene que pronunciar aquí ese nombre maldito?

Brady contuvo una sonrisa.

—Parece que no es usted demasiado partidario del primer ministro —comentó.

—No hay ningún quareliano en su sano juicio que estime a ese buitre —rezongó Kareb—. Pero Zerlyna le sostiene…

—¿Qué diría usted si supiera que Zerlyna trata de derrocarle? —preguntó el terrestre.

Kareb le miró de hito en hito.

—Sería la primera cosa buena que hiciese esa mujer —masculló—. ¿Cómo lo sabe usted, capitán?

—Tengo motivos para ello —respondió Brady un tanto evasivamente—. Entre otras cosas, porque Zerlyna en persona me ha encargado de eliminar, políticamente hablando, a su primer ministro.

Capítulo XI

KAREB se enjugó el abundante sudor que le corría por la frente. Luego se sirvió una copa.

Brady callaba. Sabía que Kareb podría ayudarle o no, pero, en todo caso, sería discreto. Nadie sabría lo hablado entre ambos.

—Capitán —dijo Kareb al cabo—, voy a ayudarle.

—Gracias, Kareb.

—No me moveré de aquí, no le indicaré el nombre de ningún asesino profesional, pero le diré algo mucho más positivo.

—¡Vaya! ¿Qué es?

Kareb terminó la copa de un solo trago.

—Puedo darle un nombre. Muy pocos lo conocen en Quarel, al menos, en relación con Taloih. Se llama Helbe.

—¿Helbe? ¿Quién es?

—Una mujer. De Rigel. Muy… amiga de Taloih, ¿comprende?

—Sí. ¿Dónde vive?

—Helbe, imagino, debe de conocer muchas de las trapacerías de Taloih. Yo le sirvo el vino, por encargo del propio Taloih. Por eso conozco el…

—Entendido, el asunto. ¿Qué más, Kareb?

—Le envío las botellas con uno de mis mensajeros. Sé que, a veces, en casa de Helbe se reúnen tipos extraños, de ambos sexos, aparentemente, para celebrar unas fiestas entre amigos, sin ceremonias… usted sabe que Taloih es un enamorado del protocolo, capitán.

—Sí, desde luego —contestó Brady, impaciente ante los rodeos

del tabernero—. Pero aún no me ha dicho lo más importante.

—Calma, calma —aconsejó Kareb—. Lo único que sé es que, alguno de los asistentes a esas fiestas es extranjero. Usted conoce de sobra la xenofobia de Taloih. ¿No le parece eso un tanto extraño?

—Por supuesto. ¿Algo más?

—No. Helbe vive en…

Un zumbido interrumpió de pronto al quareliano. Kareb se acercó a la mesa y presionó un botón.

—¡Cuidado, jefe! —dijo una voz femenina, de indudables tonos excitados—. ¡La policía acaba de irrumpir en el local! ¡Están pidiendo la documentación a todo el mundo!

Kareb cerró la comunicación en el acto.

—Rápido, capitán, lárguese de aquí —dijo, señalándole la ventana.

—Pero aún no me ha dicho…

—Vuelva mañana. O llámeme por teléfono —contestó Kareb apresuradamente—. Ahora no tenemos tiempo que perder.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta. Brady no perdió más tiempo.

—¡Un momento, un momento! —gritó Kareb—. Me cuesta mucho moverme…

Los golpes sonaban con más fuerza. Brady abrió la ventana, sacó la cabeza y miró hacia afuera.

El lugar estaba casi completamente a oscuras. No obstante, había la luz suficiente para que se pudiera ver bien a una persona. Era un paraje ancho, despejado, donde no existía el menor escondite.

Sin embargo, tenía que huir. Saltó afuera y dio un par de pasos en sentido lateral, justo en el momento en que unos cuantos hombres de uniforme irrumpían en el despacho.

—¿Dónde está? —rugió un quareliano, con insignias de capitán en las hombreras de su brillante chaqueta dorada.

—No entiendo a quién se refiere… —contestó Kareb—. Capitán, yo estaba solo, trabajando en mis libros de cuentas…

Uno de los policías emitió de repente un agudo grito:

—¡La ventana! ¡Escapó por ahí!

—¡Vamos, síganle! ¡No puede estar muy lejos! —ordenó el oficial a voz en cuello.

Dos de los agentes se precipitaron hacia la ventana. El oficial quedó frente a Kareb.

—Ese hombre era un espía de la Tierra —dijo ceñudamente—. Kareb, esta vez te has pasado de la raya.

Retrocedió un paso, sacó la pistola y desintegró al tabernero. El grito de terror de Kareb quedó cortado en el acto.

Luego, el oficial corrió hacia la ventana. Cuatro policías habían saltado ya a la explanada y buscaban en todas direcciones.

—Ha escapado, capitán —dijo uno de ellos con acento decepcionado.

El oficial emitió un horrible juramento.

—No importa. Sabemos dónde se aloja. No dará un paso sin que alguien le siga en todo momento. Por ahora, lo importante es que hemos eliminado a uno de sus enlaces. Vámonos.

Los policías se alejaron hacia la esquina más próxima del edificio. Brady, suspendido por las manos de una cornisa saliente, situada a cinco metros del suelo, respiró hondamente y se dejó caer al suelo.

—Por fortuna, hay los suficientes intersticios entre las piedras de la casa para poder trepar con relativa comodidad hasta la comisa —murmuró, mientras se incorporaba del suelo, tras haber rodado después de la caída.

Pero su viaje no había resultado totalmente efectivo. Kareb había muerto sin decirle dónde vivía Helbe, la rigeliana.

Regresó al hotel dando un gran rodeo. Fingió no advertir el «plantón» que había no lejos de la puerta, entró en el edificio y subió a su habitación.

Efectuó un registro exhaustivo antes de acostarse en la cama. Por fortuna, no le habían tendido una trampa mortal. Cansado, se desvistió y se tendió sobre el lecho. A poco, dormía profundamente.

A la mañana siguiente, se encontró con una sorpresa en el comedor del hotel.

Con la sonrisa en los labios, se acercó a la mesa ocupada por Colleen Arvin. Apoyó la mano en el respaldo de una silla y dijo:

—¿Te importa que me siente aquí?

—Puedes hacerlo —respondió ella fríamente—. Confío en la estabilidad de mi estómago para digerir bien el desayuno.

—Es una buena cualidad —admitió él—. Creía que te marchabas

en la primera nave que zarpase rumbo a la Tierra. Salen casi a cada minutó del astropuerto.

—He cambiado de opinión.

—Entonces, ¿vas a montar aquí tu sucursal?

—Depende.

—¿De qué?

Una camarera trajo el desayuno de Brady. Colleen tomó un sorbo de café y dijo:

—Depende de que encuentre un local apropiado.

—Puedes construirlo —alegó él.

—Costaría demasiado. En tiempo, me refiero.

—Entiendo —Brady empezó a untar de mantequilla una de las tostadas—. Tendrás éxito, te lo auguro.

—Gracias por tus buenos deseos —dijo Colleen, sin abandonar su tono frío y distante—. ¿Cuándo zarpas?

—Oh, depende de que encuentre un cargamento provechoso. De todas formas, Hi-Fong se encargará de ello.

—Así, pues, vas a seguir trabajando para Zerlyna.

—¿Qué te hace suponer una cosa semejante?

—Tu cacería en el «Agujero». Un lugar y una ocasión únicos para hablar sin ser escuchados.

—Posees unas facultades deductivas muy penetrantes —dijo él —. Sí, trabajo para Zerlyna.

—Traicionando a tu planeta natal.

Brady sonrió ligeramente.

—Te equivocas. Trabajo para el futuro de la navegación interestelar, para que a los terrestres no se nos acuse de imperialistas, para que los quarelianos puedan obtener el máximo provecho, sin exprimir los bolsillos de nadie, de sus riquezas naturales. Pero eso es algo que te resulta difícil comprender.

—Hasta que Manston deje de ser Secretario Investigador de Primera Clase. Y con él, desaparezcan todos los que piensan de la misma manera.

—Nunca me imaginé que fueses tan furibundo alamedista.

—Alameda no me inspira demasiada confianza, a decir verdad. Cuando se aspira a la presidencia, se prometen muchas cosas, que luego no se cumplen. Sin embargo, estimo que es un hombre mucho más realista que el actual presidente. Sabrá plegarse a los hechos,

en lugar de hacer que los hechos se plieguen a sus deseos.

—Eso se llama cobardía —dijo Colleen acremente.

—O ductilidad política, según las opiniones —sonrió él—. Pero veo que en este tema discrepamos fundamentalmente.

—Y en todos los demás, Brady.

—Hay uno en el que estamos de acuerdo, aunque tú no lo quieras reconocer —dijo Brady, sin perder la sonrisa—. Imagínate cuál.

Ella enrojeció fuertemente.

—Olvídalo —contestó en tono seco—. Nunca, ¿me has entendido?

Brady entornó los ojos con expresión soñadora.

—Me pregunto qué aspecto tendrás con el traje blanco de novia —murmuró—. Estarás encantadora, por supuesto.

—Sí, pero no serás tú quien me esperes al pie del altar —Colleen se levantó de pronto—. No te sientes más en mi mesa, te lo agradeceré profundamente.

—Lo haré, hasta el día en que desayunemos juntos, después de la noche de bodas —contestó él con todo desparpajo.

Colleen le dirigió una mirada llena de enojo.

Luego, sin decir nada, abandonó el comedor.

La sonrisa desapareció de los labios de Brady, apenas se hubo quedado solo. Aquel problema, con ser importante en cierto modo, no le preocupaba como otros más acuciantes.

Tenía que encontrar el domicilio de Helbe, la rigeliana. Además, le preocupaba la súbita variación del modo de pensar de Colleen. ¿Se había quedado por los motivos expuestos… o, pese a todo, insistía en desarrollar los planes de Manston?

Terminó de desayunar y se retiró al amplio vestíbulo, donde se sentó en una butaca, con aire aburrido. Un hombre leía un periódico a poca distancia. Brady sonrió. Taloih no quería perderle de vista.

De pronto, se le ocurrió una idea. Estaba claro. Alguien conocía el domicilio de Helbe. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Pero no podía salir a la calle seguido de una «sombra». Era preciso deshacerse del esbirro de Taloih.

Estuvo un buen rato en la misma posición. Luego, con aire intrascendente, se dirigió hacia los lavabos.

Se refugió en uno de, los cubículos y cerró la puerta casi por completo. Era preciso esperar.

Cuando el esbirro notase su tardanza, entraría a investigar. Así sucedió un cuarto de hora más tarde.

El hombre entró en los lavabos y miró asombrado a su alrededor. Brady sonrió.

Claramente se veía que el espía estaba desconcertado. Se acercó a una de las ventanas, levantó el bastidor y miró hacia afuera.

Al volverse, se encontró con un puño que volaba directamente hacia su mandíbula. Fue un derechazo de efectos fulminantes.

Brady agarró al espía por debajo de los brazos y lo arrastró hacia uno de los cuartitos, cerrando la puerta acto seguido. Conque durmiera diez minutos, se dijo, tendría más que suficiente.

Salió a la calle y tomó un taxi. Media hora más tarde, se detenía en las inmediaciones de «La Copa de Plasma».

Era relativamente temprano. La puerta de la taberna aparecía cerrada. No obstante, Brady supuso que habría alguien en el interior, ocupándose de hacer seguir el negocio.

A poca distancia, divisó un bar de ínfima categoría. Entró y se acercó al mostrador. Un hosco sujeto se acercó a preguntarle lo que quería beber.

—Café. Y el teléfono —pidió Brady, poniendo una moneda de a veinte centésimas sobre el mostrador.

El barman le señaló una cabina situada al fondo. Brady se alegró de que en Quarel no estuviese aún demasiado extendido el sistema de teléfono con pantalla visual. La Tierra cobraba caros esos aparatos.

Entró en la cabina y, tras una rápida consulta a la guía, marcó un número. Una voz femenina le contestó en el acto.

—¿Quién es? —preguntó.

Brady simuló una voz autoritaria.

—Casa de Helbe —dijo—. Envíen inmediatamente una docena de champañas del mejor que tengan.

—¿Helbe? No he oído ese nombre.

—¡Pues averigüe! —dijo Brady casi a gritos—. Ahí, en «La Copa de Plasma», hay quien conoce ese domicilio sin falta. Dese prisa… o tendrán que lamentarlo.

Y colgó, antes de que la aturdida mujer tuviese tiempo de

formularle ninguna objeción.

Fue al mostrador y tomó tranquilamente el café.

—Muy bueno —elogió con una sonrisa que era una mentira harto diplomática—. Volveré más por aquí.

El tabernero se esponjó.

—Muchas gracias, señor —contestó.

—Póngame otro, pero en aquella mesa. Estoy esperando a… bueno, ya la verá cuando venga —dijo Brady maliciosamente.

—Comprendo, señor.

Brady estimuló al quareliano con dos monedas de a veinte centésimas. Los dos cafés no valían ni la cuarta parte.

Se sentó junto a una ventana. Media hora más tarde, vio salir de «La Copa de Plasma» a un sujeto cargado con una pesada caja de contenido inequívoco.

Se puso en pie y suspiró.

—Ella me ha dado plantón —dijo—. Gracias por todo, amigo.

—Lo siento —manifestó el tabernero—. Otra vez será.

—Sí, otra vez será —convino Brady.

Y salió a la calle.

Capítulo XII

BRADY llamó a la puerta. Esperó unos momentos.

Valía la pena haberse gastado cinco talentos en el mandadero de la «La Cepa de Plasma». El hombre se había mostrado encantado con dejarle la caja de champaña. Ahora, Brady iba a ocupar su puesto.

La puerta se abrió. Una bella mujer apareció ante sus ojos.

Ya no era una jovencita, sin embargo. Brady calculó su edad en unos treinta años, densamente cargados de experiencia amorosa. Era más bien pequeña, de curvas protuberantes y tez ligeramente rojiza; como todos los rigelianos. El pelo era de color caoba, muy frondoso, y los ojos poseían una singular fosforescencia azulverdosa, que prestaba a su cara un notable atractivo.

—Champaña de «La Copa de Plasma» —anunció Brady impasiblemente.

Helbe hizo un gesto de indiferencia.

—Déjelo ahí —señaló un lado del vestíbulo.

Brady cruzó el umbral. La casa, en apariencia, estaba montada con notable sencillez, pero se respiraba lujo por todas partes. «Decorador terrestre y de los caros», pensó.

Depositó la caja sobre una mesita. Helbe pareció buscar una moneda para darle una propina. De pronto, reparó en un detalle.

—¡Oiga! —dijo—. Usted no es el mismo mandadero que me trae las bebidas otras veces.

—Lo siento, señora —respondió Brady—. Está enfermo y me ha encomendado que…

Helbe frunció el ceño.

—Además, ¿quién ha pedido champaña? —preguntó—. Porque yo no…

—Lo ignoro, señora; solo sé que me dieron el encargo de traer aquí esta caja de botellas, eso es todo.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Helbe, lentamente, dijo:

—Kareb murió anoche en su propio despacho. Yo no he pedido champaña… y soy la única persona que se la encargaba a Kareb. ¿Quién es usted? —exclamó con vehemencia—. ¿A qué ha venido a mi casa?

Brady emitió una amplia sonrisa.

—¿Me creería usted si le dijera que soy un espía terrestre? —contestó con gran desparpajo.

Los ojos de la rigeliana emitieron destellos de ira.

—¡«Es» un espía terrestre! —gritó—. Y ahora mismo…

Helbe corrió hacia una mesita donde había visófono. Brady fue más rápido y agarró su muñeca, retorciéndosela a la espalda.

Ella gritó. Brady la sujetó con una mano por la cintura, mientras que, con la otra, mantenía la presión sobre su brazo.

—Será mejor que hablemos claro, rigeliana —dijo en tono duro —. ¿Prefieres hacerlo por las buenas o quieres que estimule tus facultades oratorias de alguna forma poco amable?

Helbe escorzó la cabeza y le lanzó una mirada llameante.

—¡Taloih sabrá lo que me has hecho y te matará! —exclamó.

Brady hizo un poco más de fuerza en su muñeca.

—¿Y si para entonces tú ya estás muerta?

La cara de Helbe se puso gris.

—Tú… tú no te atreverás a hacer conmigo una cosa semejante… —tartamudeó.

—Lo haré si no contestas a todo lo que te pregunte, y con la verdad además. Escucha, no quiero que creas que vengo aquí a dar palos de ciego. Taloih se reúne aquí con algunos amigos, de ambos sexos, aparentemente para unas fiestas tranquilas, alejadas de todo protocolo.

»Esos amigos son extranjeros en su mayoría, presumiblemente, agentes de la IV Federación. Las reuniones no son fiestas amistosas, sino sesiones de trabajo de unos conspiradores. ¿Comprendes ahora por qué estoy aquí?

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Helbe, de pronto, dijo:

—Suéltame.

—¿Hablarás?

Helbe asintió.

—Pero ten en cuenta una cosa —respondió—. No trabajo gratis.

Brady la soltó, mientras emitía una risita.

—Contemplando la decoración, se advierte enseguida —dijo—. ¿Y bien?

Helbe se acercó a una mesita y tomó un cigarrillo. Su pecho, de curvas prominentes, se agitaba con gran rapidez. Inspiró un par de bocanadas de humo y se volvió hacia él.

—Sí, es cierto —dijo—. Aquí se conspira.

—¿Con qué objeto?

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—De modo que, para ti, todo es cuestión de cifras, ¿eh?

—En este caso, sí.

Brady meditó unos segundos. Le parecía demasiado rápida la rendición de Helbe.

—¿Cuánto pediríais? —quiso saber.

—Diez millones de talentos terrestres.

Brady respingó. Era una suma enorme, aun para él, habituado a las cifras elevadas.

—¿Por quién me has tomado? —contestó él—. Estirando un poco mi cuenta bancaria… podría pagarte un millón, pero no diez. Sencillamente, no los tengo.

—Entonces, ya puedes irte por donde has venido —dijo la rigeliana fríamente.

Brady consideró la situación un instante. El talento era la moneda galáctica comúnmente usada, una refundición bancaria de todas las demás monedas, de modo que venía a representar una cantidad media de cada una de ellas, de acuerdo con su cotización en el momento de acordarse su emisión. Teniendo en cuenta que un talento se cotizaba a setenta y tres dólares con centavos, la rigeliana pedía más de setecientos treinta millones de dólares por sus confidencias.

Helbe no pedía una suma tan elevada por nada, dedujo. Sabía algo muy importante y quería extraer el máximo jugo de sus conocimientos. Pero dudaba mucho de que incluso la propia

Zerlyna fuese capaz de reunir una suma tan notable.

—¿No… no hay una rebaja? —murmuró.

—No —contestó ella, irguiendo el busto altaneramente—. Lo siento; si consigo esa suma, me retiraré a mi planeta para vivir sin agobios el resto de mis días.

—¿Y si no puedo dártela yo?

Helbe sonrió desdeñosamente.

—No faltará quien la pague… en el momento adecuado, claro —respondió.

Brady adivinó enseguida los proyectos de la joven. «Chantaje, claro. ¿A quién? A su… amigo Taloih pagará para no verse expuesto a la vergüenza pública. Él sí dispone de los diez millones; tiene, además, la cartera ministerial del Tesoro quareliano…»

Todo esto lo pensó Brady en fracciones de segundo.

—Ese individuo pagará cuando hayan terminado las conversaciones con los de la IV Federación, ¿no es cierto? —expresó en voz alta.

Helbe apretó los labios. Brady supo así que sus palabras habían dado en el blanco.

—Muy bien —dijo—. Tú no quieres colaborar por un millón, porque quieres diez. La mala suerte tuya es que no tendrás ni los diez ni uno solo… y, además, entregarás las pruebas que comprometen a Taloih.

—No veo cómo —le desafió ella.

Brady se acercó de nuevo a la mujer. Helbe retrocedió un paso.

—No me toques —dijo la rigeliana crispadamente.

—Eres muy hermosa —murmuró él—. ¿No te lo han dicho nunca? Me imagino que sí… aunque no en el tono que yo empleo —rozó su mejilla con las yemas de los dedos—. Una piel muy tersa, muy suave… pero de color rojizo, no muy intenso, desde luego, aunque sí lo suficiente para delatar tu origen rigeliano en todas partes…

—¡Me siento orgullosa de haber nacido en Rigel! —dijo Helbe.

Brady volvió a acariciarle la mejilla.

—Claro que sí. No se debe renegar nunca de la patria… pero eso no importa para que… Soy capitán de astronave mercante. Navego por mi cuenta; mi aparato es un «tramp» espacial. Conozco muchos secretos, traigo y llevo mercancías caras, a veces prohibidas,

muchas veces que no existen en nuestro planeta… o bien importo de la Tierra el último invento. ¿Sabes cuál es el último descubrimiento científico de los terrestres?

—No me importa en absoluto —dijo ella con indiferencia.

Los dedos de Brady empezaron a recorrer ahora la esbelta garganta de Helbe.

—Claro que sí, claro que te importa —murmuró con acento persuasivo—. El color rojizo de la epidermis rigeliana es debido a una variedad genética de la melanina, que es la sustancia que influye en el color de todas las epidermis humanas, terrestres o no. En nuestro planeta, el color de la piel provoca, a veces, conflictos muy agudos. Nuestros científicos han terminado ya con ellos. ¿No te gustaría tener una piel blanquísima, como la más blanca y rubia de las mujeres escandinavas?

Los ojos de Helbe brillaron. Brady sabía que sus halagos estaban ganando la batalla.

—¿Es… eso cierto? —preguntó.

—Ciertísimo —mintió él descaradamente—. Por ahora, sin embargo, la exportación de la droga está prohibida; las necesidades de la Tierra tienen preferencia absoluta… pero, claro, cuando uno es un poco listo, siempre tiene ocasión de echar mano a las dosis necesarias para unos cuantos tratamientos. En cuatro semanas, tendrías una piel de nieve…

—¿A cambio de?

Brady la encerró entre sus brazos.

—A cambio de dos cosas: un beso… y las pruebas de la conspiración —murmuró a su oído.

Helbe se estremeció.

—Admito el beso —murmuró, y Brady no desaprovechó la ocasión. Luego, al separarse sus labios, Helbe añadió—: En cuanto a lo otro…

De repente, Brady, con el rabillo del ojo, advirtió un movimiento a su derecha. Alguien acababa de aparecer en el umbral de la puerta que comunicaba el salón con las habitaciones interiores.

La reacción de Brady fue fulminante. Agarrando a Helbe por ambos brazos, la hizo girar con inusitada violencia, lanzándola hacia el intruso con todas sus fuerzas.

Helbe giró. Su grito, sin embargo, resultó cortado en el acto al

convertirse en humo, por la descarga desintegrante de la pistola que empuñaba N’Tu-Srai, el siriano.

Srai se quedó atónito un momento. Brady no le dejó recuperarse. Sacó su pistola y lo pulverizó de un certero disparo.

Con la mano izquierda, se secó el sudor de la frente. Luego lanzó una sonora maldición.

—He perdido el tiempo —masculló.

Helbe había sido una mujer astuta. Sabía que un tipo como Taloih no podía serle fiel eternamente. En consecuencia, había tratado de asegurarse su futuro.

La aparición de Srai había truncado todos sus planes. ¿Estaba de acuerdo con ella o era un agente de la IV Federación?

Brady se inclinaba más por esta última hipótesis. Pero lo único que podía hacer eran cálculos más o menos aproximados que, sin embargo, no resolvían ninguno de sus problemas.

A pesar de todo, estimó que había un medio de conseguir algo positivo: un registro a fondo de la casa.

Capítulo XIII

AL entrar en el hotel, se dirigió inmediatamente a recepción y preguntó por Colleen Arvin.

El encargado del mostrador le dio una noticia sorprendente.

—La señorita Arvin ha salido, capitán. Vino un oficial de la guardia de palacio y se fue con él en un coche oficial.

Brady parpadeó, atónito.

—Nunca lo habría creído de ella —dijo.

El recepcionista emitió una sonrisa de circunstancias.

—Lo siento, señor. Es todo lo que puedo decirle.

—Me extraña que ella y Zerlyna… —murmuró Brady pensativamente.

—Oh, no, capitán; el coche llevaba banderín con la insignia del primer ministro —exclamó el recepcionista.

Brady volvió a asombrarse. Su confusión subió de punto.

—¿Primer ministro, ha dicho?

—Sí, capitán.

—Gracias.

El joven se encaminó lentamente hacia el ascensor —importado de la Tierra—, que le condujo a su habitación. Después de algunos minutos de reflexión, se sentó ante una mesa y escribió una carta.

Anochecía ya. El día se le había pasado rápidamente, realizando diversos trabajos, después del choque con Srai, resuelto por fortuna a su favor. Sentíase un poco cansado, pero prefirió esperar al objeto de hablar con Colleen.

Terminada la carta, puso la dirección en el sobre y se dirigió de

nuevo a la planta baja. Compró unas cuantas postales —fotografías de los puntos más pintorescos de Quarel, editadas en la Tierra—, escribió las respectivas direcciones de unos cuantos amigos, y las echó al correo. La carta fue a parar al buzón, mezclada con las postales.

Seguían vigilándole desde su regreso al hotel. Fue al bar y tomó un par de copas.

A las diez de la noche, Colleen no había vuelto todavía. Brady empezó a preocuparse.

Una hora más tarde, decidió acostarse. Entregó al conserje de noche una buena propina, encargándole de que le despertase cuando volviera Colleen, fuese la hora que fuese. Subió a su dormitorio y empezó a quitarse la ropa.

Solo pudo desvestirse en parte. De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Un momento! —rogó, mientras buscaba la bata.

Corrió a abrir. Su sorpresa fue enorme al versé ante un individuo de chaqueta amarilla, con divisas de capitán en las hombreras.

—¿Capitán Sharron? —dijo el quareliano.

—Sí —contestó Brady cautamente.

—Soy el capitán Z'noro. Tengo entendido que la reina le ha hablado de mí anteriormente.

Brady asintió.

—Entre, capitán —invitó.

Cerró la puerta. Z'noro se volvió hacia él.

—Seré breve, señor —dijo—. Tengo orden de la reina de llevarle a usted a su presencia. Inmediatamente —añadió.

Brady vaciló. Z'noro se percató de sus dudas y le entregó un papel.

—Este es el número reservado de la reina —dijo—. Llámela si no se fía de mí.

El terrestre emitió una sonrisa.

—Me fío de usted, capitán —dijo—. Hay muchos procedimientos para copiar con toda exactitud la voz de una persona. Si de veras es usted Z'noro, no me engañará.

Z'noro hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias, señor —dijo—. ¿Vamos? Es muy urgente…

—Espere que vuelva a vestirme —pidió Brady—. ¿De qué se trata?

—Lo siento. Ella me ha dicho que no le explique nada. Quiere decírselo en persona.

—Muy bien.

Momentos después, Brady, ya vestido, abandonaba la habitación en compañía de Z'noro. Mientras descendían hacia el vestíbulo, dijo:

—¿Sabe que estoy vigilado continuamente?

—No se preocupe, capitán; mis hombres se han encargado de los esbirros de Taloih.

—Piensa usted en todo, Z'noro.

—Cuando se trata de Zerlyna, desde luego.

Brady contempló de reojo al quareliano. El acento de sus palabras le impresionó hondamente.

Z'noro era un sujeto alto, de hombros anchísimos y rostro que parecía tallado a cincel. Era feo, pero con una fealdad agradable, «la que vuelve locas a las mujeres», pensó Brady expertamente. Se preguntó si era leal hacia Zerlyna por algo más que un simple sentimiento de fidelidad del oficial de la guardia hacia su reina.

Minutos después, corrían a bordo de un monorrueda hacia el palacio de Zerlyna. Estaba situado en las afueras de la ciudad, sobre una eminencia de escasamente cien metros de elevación, dominando un conjunto de edificios donde se albergaban las principales oficinas de la administración quareliana.

Z'noro conducía personalmente el monorrueda. Dirigió el vehículo hacia la parte posterior del palacio y lo detuvo ante una puertecita guardada por dos soldados armados hasta los dientes.

—Son de absoluta confianza —explicó Z'noro, al apearse del vehículo.

Uno de los guardias abrió la puerta. Z'noro siguió a Brady a través de unos estrechos pasadizos, con escaleras que se torcían en distintos ángulos, hasta detenerse ante un trozo de muro, aparentemente liso.

Z'noro sacó la pistola y golpeó el muro con la culata. Un sector de la pared de piedra giró de pronto hacia adentro.

—Pase, capitán.

Brady cruzó el umbral. Zerlyna estaba al otro lado, en una estancia de pequeño tamaño, modestamente decorada.

—Brady —dijo, tendiéndole ambas manos.

El joven se inclinó profundamente.

—Señora…

—Puedes suprimir los tratamientos —contestó ella—. Z'noro es leal.

—Gracias. Me ha dicho que tenías algo que explicarme.

Los bellos ojos de la quareliana se llenaron de lágrimas.

—Taloih ha secuestrado a mi hijo —expresó.

Brady se quedó sin respiración.

—¿He oído bien? —murmuró.

—Ha oído perfectamente, capitán —terció Z'noro—. Ese vil bastardo se ha llevado a Lery…

Zerlyna alzó una mano.

—Por favor, Z'noro —dijo. Miró a Brady—. Lery está en su poder. Puede devolvérmelo, con dos condiciones.

—Habla —pidió el terrestre.

—Primero, un acta de abdicación en favor de Lery y la aceptación de su tutoría por la persona que él designe. Yo podré residir en palacio, aunque me veré privada de toda autoridad.

—Entonces, ¿quién será el jefe de Estado?

—El… tutor de Lery.

Brady observó la vacilación de Zerlyna.

—¿Cuál es la segunda condición? —preguntó.

—Debes ir tú, en persona, a recogerlo —contestó Zerlyna.

—Esperaba algo por el estilo —sonrió Brady—. ¿Nada más?

—Sí. Tú serás el testigo principal del acta de abdicación…

Ella le entregó un documento.

—Me la envió redactada —dijo—. Quiere que la firme en tu presencia y que se la lleves. Entonces, devolverá a Lery, quien regresará a palacio, acompañado de su tutora.

—Antes dijiste que era un hombre —observó Brady.

—La palabra mencionaba solamente el cargo, no el sexo de la persona designada por Taloih para la tutoría.

—Bien, ¿y quién es esa… persona?

—Colleen Arvin.

Hubo una larga pausa de silencio.

—Eso explica algunas cosas, aunque no todas —dijo Brady al cabo—. Así, pues, Taloih piensa poner a Colleen en tu trono.

—Sí.

—Encuentro, por lo menos, dos objeciones a su plan —manifestó

Brady.

—¿Cuáles son?

—Primera, Colleen es un agente del Departamento Exterior de la Tierra…

Zerlyna sonrió.

—¿Crees que Taloih no lo sabe? Pero sabe también el medio para atraerse a Colleen a su bando.

—¿Dinero? No será amor; Taloih es feo como un demonio.

—No se trata de dinero. La forma en que Taloih ha atraído a Colleen destruye tu segunda objeción.

—Bien, yo iba a decir que Colleen no podía ser reina de Quarel, porque es una terrestre, pero ni siquiera nacionalizándose quareliana…

—Brady, Colleen no necesita nacionalizarse. «Es» quareliana.

El joven dominó la sorpresa que le producía aquella contestación.

—Aun así —dijo—. ¿Qué méritos personales alegará Taloih en favor de Colleen?

—Uno, muy importante. Colleen es mi hermana.

Brady movió una mano.

—Z'noro —pidió con voz débil—, deme una silla.

Zerlyna sonrió.

—Mejor una buena copa, capitán —indicó.

—Sí, siento que la necesito…

El oficial le entregó la copa. Brady despachó su contenido de un solo trago.

—Ahora comprendo por qué Colleen se mostraba resentida contigo —dijo—. ¿Acaso quería ser la reina de Quarel?

—Sí.

—Pero… es más joven que tú. Por edad, te corresponde a ti…

—Brady, todavía ignoras muchas cosas de Quarel. Nuestras leyes permiten tener dos jefes de Estado, que gobiernen simultáneamente. Pero que lo permitan no significa necesariamente que haya de cumplirse.

—Entiendo. Tú no quieres que Colleen reine contigo.

—No. Hablando claramente, carece de experiencia para ello. Puede ser muy buena en otros asuntos, pero de asuntos de Estado no entiende en absoluto. Y ya es demasiado tarde para ello, aparte

de que nadie creería que es quareliana.

—Voy entendiendo. Ella, sin embargo, opina que sí puede reinar. Conoce tus negativas y ello ha creado en su ánimo un estado de resentimiento contra ti, que ahora le hace olvidar su misión y ponerse al lado de Taloih.

—Justamente. Pero Lery es mi hijo, Brady.

El joven entendió la protesta de Zerlyna; era la protesta de una madre.

Tomó el acta de abdicación y la leyó detenidamente. Luego la dobló en cuatro pliegues y la guardó en un bolsillo.

—¿Qué plazo te ha dado para la entrega? —preguntó después.

—Veinticuatro horas, a partir de las diez de la noche.

—¿Te ha dicho dónde debo llevar el acta?

—Sí. Están en la Fortaleza de Smanke, a trescientos cincuenta kilómetros al sur de la capital. Debes ir en persona, tú solo y tripulando un monorrueda que te esperará mañana a las nueve de la mañana en la puerta del hotel.

Brady se volvió hacia el quareliano.

—Capitán, necesitaré mapas de la región y un plano de la fortaleza —dijo.

—Se los traeré dentro de un cuarto de hora —prometió Z'noro.

Brady y Zerlyna quedaron solos. El joven tomó las manos de Zerlyna.

—No te preocupes —dijo afectuosamente—. Mañana, a estas horas, tendrás a Lery nuevamente contigo.

Ella se esforzó por sonreír.

—Siento lo de Colleen —dijo—. Me imagino que te habrás llevado una gran decepción, puesto que la amas, ¿no es así?

Brady suspiró.

—Sí, sinceramente, sí… una gran decepción, es preciso admitirlo.

Capítulo XIV

EL monorrueda corría rápidamente por la calcinada llanura, en la que apenas si se advertían detalles que permitiesen la orientación. No obstante, había un camino, sucintamente señalado, lo que hacía imposible un error en la ruta.

El sol de Quarel golpeaba despiadadamente con ondas de calor, que semejaban chorros de plomo fundido. Brady llevaba puestas unas gafas de color, para evitar a sus pupilas el daño de la reverberación.

El interior del monorrueda estaba climatizado. Gracias a ello, se podía soportar un viaje de una terrible monotonía. Ni un árbol, ni una sola planta venían a alterar con su nota de verdor la total aridez del paisaje.

El pavimento era notablemente irregular. Pese a los amortiguadores, el monorrueda no podía desarrollar una velocidad superior a los setenta kilómetros por hora. Brady se aburría; llevaba más de dos horas de viaje y aún le quedaban casi tres por delante.

Cerca de las doce, divisó a su izquierda, una serie de construcciones edificadas en lo alto de una eminencia que no sobresalía más allá de cincuenta metros sobre la llanura. Al otro lado de los edificios, se divisaban unos enormes montones de algo que parecía tierra de color gris brillante.

Era la sustancia llamada plasma, que servía para la propulsión hiperlumínica de las astronaves. En la Tierra, se necesitaba un costosísimo proceso de fabricación, que convertía el precio de la tonelada de plasma en algo casi prohibitivo.

En cambio, allí se obtenía en estado prácticamente natural. Se decía que los yacimientos alcanzaban kilómetros de profundidad. Bastaba una ligera operación en los hornos purificadores para tener el combustible listo para su uso en las astronaves.

Incluso, en el peor de los casos, se podía usar en estado natural. Ciertamente, las velocidades desarrolladas eran muy inferiores y los tubos de eyección acababan destruidos por corrosión, pero si se trataba de salvar la vida, poco importaba cualquier posterior desperfecto en la nave.

Cerca de las dos de la tarde, divisó en lontananza una mancha de verdor.

Lanzó un profundo suspiró. Smanke estaba a la vista.

Se preguntó por qué no le habían facilitado un helicóptero. El viaje se habría reducido a una cuarta o quinta parte del tiempo. Tal vez Taloih era demasiado precavido y no quería poner a su alcance un medio de retirada demasiado rápido.

Minutos después, divisó con más detalles el oasis en cuyo centro se hallaba la Fortaleza. La mancha de vegetación, calculó, tenía unos dos kilómetros cuadrados de extensión. El agua debía de abundar extraordinariamente; de otro modo, los árboles y las plantas no habrían podido sobrevivir en aquel desierto, con el cual los peores de la Tierra no se podían comparar siquiera.

Cerca del límite, vio una especie de puesto de guardia, situado bajo las copas de los árboles. Un hombre de uniforme hizo señales con las manos de que se detuviera.

Brady refrenó la marcha del monorrueda. Dos patas sustentadoras formando trípode con la única rueda del vehículo, surgieron inmediatamente apenas se detuvieron los giróscopos estabilizadores.

Brady abrió la ventanilla. Un oficial de cara hosca se le acercó.

—¿Capitán Sharron?

—Sí, yo mismo.

—Apéese. Tengo órdenes concretas referentes a su llegada.

—Bien.

Brady abrió la portezuela y saltó al suelo. El oficial le condujo a una carretilla eléctrica, con dos asientos. Brady se sentó a la derecha del quareliano, quien puso en marcha el vehículo inmediatamente.

El camino bajo los árboles reinaba una grata frescura. La ruta no era rectilínea, sino que serpenteaba de un modo irregular. De cuando en cuando, se detenían ante severos puestos de control. Brady pensó que Taloih no gustaba de correr riesgos.

Al fin, salieron a una explanada, en cuyo centro se alzaba la Fortaleza. Brady contempló especulativamente la estructura del edificio.

Realmente, no era demasiado grande. Más que nada, lo que imponía era la pesadez de sus líneas, la total ausencia de huecos en los muros exteriores y el tono gris rojizo de los enormes bloques de piedra que componían la estructura de la fortaleza. Tenía dos pisos y su forma, en general, afectaba la de un paralelogramo, con una ligera inclinación de los muros hacia adentro.

El quareliano detuvo la carretilla ante un sólido portón blindado. Alguien abrió desde el interior. Las pesadas planchas de acero se deslizaron silenciosamente a un lado.

Ahora, ya a pie, cruzaron un largo túnel, donde hacía una temperatura casi fría. Otra puerta, de forma y dimensiones análogas, cerraba el túnel por el extremo opuesto.

Resabios de luchas en el pasado, se dijo Brady. Para las armas antiguas, Smanke debía de haber sido una fortaleza casi inexpugnable. Pero, ¿cómo atravesar a pie nada menos que trescientos cincuenta kilómetros de un desierto terrorífico?

Dejó de pensar en ello. El portón se deslizaba a un lado.

Brady avanzó. Contuvo un grito de sorpresa.

Al otro lado del túnel, la fortaleza perdía por completo su aspecto tétrico y siniestro. Brady se halló en un vasto patio, cubierto en parte por un velarium de púrpura, que dejaba la mitad en sombra, con setos, arriates y arbustos estallantes de flores polícromas.

Había una piscina, varios surtidores y el perímetro completo del patio era una serie de arcadas de medio punto, bajo las cuales se disfrutaba de una agradable temperatura. Una mujer y un chiquillo se bañaban alegremente en la piscina.

Brady reconoció a Colleen de inmediato. Ella le vio y agitó una mano con expresión amistosa. Un hombre surgió de pronto ante el terrestre.

Era Taloih, el primer ministro.

Los dos hombres se contemplaron con moderada curiosidad. Taloih vestía una túnica de color púrpura, de finísimo tejido, adornada con bordados en oro. Era un sujeto alto, delgado, de nariz aquilina y ojos agudos y perspicaces.

Hizo una seña con la mano y el oficial se retiró. El terrestre y el quareliano quedaron a solas.

—Es un placer conocerle, capitán —dijo Taloih, sonriendo.

—El placer es mutuo, señor primer ministro —respondió Brady, inclinándose a la vez que hablaba.

—Muchas gracias —murmuró Taloih—. Capitán, después de un largo viaje, me imagino tendrá sed. Venga y tomará un refresco en mi compañía.

—Muy amable, señor.

Taloih le condujo hasta una mesa donde había un completísimo servicio de bebidas. Preparó dos vasos altos, con cubitos de hielo en su interior, y le entregó uno.

—A la salud de la futura reina de Quarel —dijo.

—Cada cual brinda de acuerdo con sus deseos, señor —contestó Brady.

—¿Usted no desea que Colleen sea reina de Quarel?

—Francamente, no, señor.

—Pero no está en condiciones de impedirlo. Ha traído el acta de abdicación consigo, me imagino —Taloih miró a Brady de pies a cabeza—. Y desarmado, además.

—No necesito armas. Estoy respaldado por el poder de la auténtica reina de Quarel.

Taloih sonrió desdeñosamente.

—Se refiere usted a Colleen Arvin, supongo.

—No, señor. Me refiero a Zerlyna.

Hubo una pausa de silencio. Brady vio que Colleen había salido de la piscina y estaba sentada en el borde. El traje de baño, de color amarillo, prestaba un singular encanto a su atractiva figura. Lery la llamó desde el agua y ella volvió a zambullirse.

Taloih dio dos paseos cerca de la mesa. Luego se detuvo junto a Brady.

—Mucho me temo que esté defendiendo usted una causa perdida, capitán —dijo al cabo—. Zerlyna no conviene a Quarel como reina.

—Conozco sus propósitos… es decir, los propósitos de ambos. Estimo que las ideas de Zerlyna son mucho más atractivas que las de su primer ministro.

—¡Tonterías! —barbotó Taloih—. Ustedes, los terrestres, solo entienden un lenguaje: el del látigo. Nosotros les hablaremos a partir de ahora con ese lenguaje, capitán.

—¿Con la ayuda de la IV Federación?

—¿Por qué no? La posición de Quarel no puede ser más estratégica. Ellos desean un tratado comercial con nosotros: estadías baratas y plasma también barato. Podemos acceder a sus deseos; sus naves son infinitamente superiores en número a las terrestres.

—Pero no en calidad.

—Un hombre, armado con una pistola desintegrador, puede matar a diez de sus semejantes. Pero si se enfrenta con un centenar, inevitablemente acabará sucumbiendo a la fuerza del número, aunque sus adversarios estén desarmados.

—Siempre que hay diez locos dispuestos a sacrificarse por los noventa compañeros restantes.

Taloih entrecerró los ojos.

—¿Quiere decir que no los encontraríamos en la IV Federación, capitán? —preguntó.

—En mi país, esto que hablamos se llamaría una discusión bizantina, señor. ¿Por qué no vamos al grano?

—Terrestre, hombre directo —sonrió el quareliano—. Bien, al grano, pues. ¿Dónde está el acta de abdicación?

—Aquí, señor —Brady se tocó el lado izquierdo de la blusa.

Taloih alargó la mano.

—Démela —pidió secamente.

—Un momento, señor primer ministro.

—¿Qué quiere decirme ahora? —preguntó Taloih con acento impaciente.

—¿Está seguro de que los quarelianos desean la abdicación de Zerlyna?

—Tengo otra reina en reserva, es lo que importa.

—Ella es súbdito terrestre.

—Nació en Quarel.

—Ha vivido en la Tierra desde su más tierna infancia. Su formación, su mente, su idiosincrasia, su espíritu, su modo de

pensar, son típicamente terrestres.

—Solo será reina hasta que Lery alcance la mayoría de edad —rezongó Taloih.

—Para entonces, los de la IV Federación, tendrán en Quarel a un títere como rey y a otro títere como primer ministro.

—No me insulte, capitán —dijo Taloih—. Entrégueme el acta; esa es su única misión aquí.

—Puedo negarme a ello —alegó Brady.

Taloih sonrió desdeñosamente.

Agitó una mano. El borde superior del muro se cubrió en el acto de soldados armados con rifles desintegradores.

—No le apuntan a usted, capitán, ni tampoco a Lery. Apuntan a Colleen Arvin —dijo Taloih.

Capítulo XV

—SI COLLEEN muere —dijo Brady, sin descomponer el gesto—, usted se quedará sin la tutora para el hijo de Zerlyna.

Taloih se echó a reír.

—Estoy bien informado, capitán —dijo—. Usted está locamente enamorado de Colleen. No permitirá que le ocurra el menor daño.

—Muy seguro está de lo que dice, señor primer ministro. Sí, estoy enamorado de ella, pero la vida de una persona vale poco en comparación con el futuro de Quarel y de la Tierra, un futuro de armonía y paz entre los dos mundos, futuro que usted parece detestar, en aras de la satisfacción de sus propios intereses.

—Palabras, palabras —refunfuñó Taloih—. Capitán, no me obligue a tomarle el acta por la fuerza.

—Antes de hacer una cosa así, quiero que me conceda un favor.

Taloih le miró de hito en hito.

—No está en condiciones de pedir nada… pero se lo concedo. ¡Hable!

Brady movió la cabeza ligeramente.

—Quiero escuchar, de labios de la propia Colleen Arvin, que está de acuerdo con usted —manifestó.

—Muy bien.

Taloih se volvió y alzó la voz.

—¡Señorita Arvin!

Colleen asomó la cabeza fuera del agua.

—Dígame —contestó.

—Haga el favor de venir, se lo suplico.

La joven flexionó los brazos y se izó ágilmente al borde de la piscina. Elevó las manos y se echó hacia atrás los mojados cabellos. Luego, con paso grácil, cadencioso, caminó en dirección a donde estaban los dos hombres.

Taloih extendió de pronto la mano.

—Quédese ahí —pidió, cuando Colleen estaba a cuatro pasos—. No se acerque demasiado a nosotros.

—Colleen, el primer ministro quiere que compongas un buen blanco para sus fusileros —manifestó Brady amablemente.

Ella no se inmutó. Permaneció en pie, rígida, erguida, brillante la piel por el agua que todavía la humedecía.

—Es usted un buen adivino de mis pensamientos, capitán —sonrió Taloih—. Señorita Arvin, el capitán Sharron quiere oír, de sus propios labios, que usted está por completo de acuerdo con mis planes de convertirla a usted en tutora de su sobrino Lery… lo que significa ocupar el trono de Quarel hasta la mayoría de edad del niño.

Después de aquellas palabras, se produjo un profundo silencio. Los ojos de Colleen se posaron en el rostro del joven.

Brady aguardó en silencio. Su rostro permanecía inescrutable. No quería que Colleen tomara una decisión a causa de la más ligera indicación suya, en favor o en contra.

Colleen debía definirse por sí misma. Para Brady, en aquellos momentos, se dilucidaba el porvenir particular de ambos.

—Estamos esperándola, señorita —dijo Taloih con impaciencia.

Ella asintió.

—Señor, estimo que el trono de Quarel pertenece verdaderamente… a mi hermana Zerlyna.

Taloih lanzó un rugido de ira.

—¡Usted me prometió…!

—Velaba por la vida del niño —contestó Colleen rápidamente.

—¡Es la suya la que está en juego! —aulló el quareliano.

Colleen se cruzó de brazos.

—Puede ordenar que me maten —dijo con acento sosegado—. Mi hermana no dejará sin castigo ese crimen.

Los ojos de Taloih despedían fulgores de ira infinita.

—Está bien, si lo prefiere así…

—¡Un momento!

Taloih se volvió hacia el joven.

—Usted también morirá, capitán —prometió, ebrio de furor.

—Es posible —admitió Brady tranquilamente—. Es más, usted hará que me maten de otra manera que con un arma desintegrante. El acta de abdicación desaparecería también en ese caso.

—Puede contar con ello —gruñó Taloih.

—Bien, pero antes déjeme decirle una cosa. Ayer estuve con una rigeliana llamada Helbe. Lo siento, pero le engañaba a usted.

Taloih entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que quiere decirme? —preguntó.

—Helbe era una mujer sin escrúpulos. Usted se reunía en su casa, no solo para… visitarla, sino también para conspirar con los de la IV Federación. Ella presentía que un día u otro, usted se cansaría de… su amistad y se quedaría digamos sola. Le asustaba la vejez en la pobreza y quiso prevenirse contra un «retiro» sin pensión.

—No le entiendo en absoluto —gruñó Taloih.

—Sencillamente, Helbe grababa todas las conversaciones que usted sostenía con los de la IV Federación. Pero era mujer precavida y, apenas quedaba su casa vacía, guardaba cada cinta grabada en una caja de alquiler en un banco. Yo he encontrado la llave, las cintas con todas, absolutamente todas las conversaciones… y ahora están en poder de Zerlyna. Si aquí sufrimos él menor daño, la conspiración se hará pública y su carrera política se habrá arruinado.

—¡Está mintiendo! —bramó Taloih, lívido de furia.

Brady meneó la cabeza,

—Si no me cree, llame a Zerlyna por la línea directa que hay de aquí a su palacio. Ella tendrá mucho gusto en poner junto al micrófono una de las cintas grabadas. Usted oirá su voz, la de un tal K'sanor, la de Mehrita, la de Rofrer… todos agentes de la IV Federación. Ah, olvidaba decirlo; un tal N'Tu-Srai, siriano, agente suyo en la Tierra, ha muerto. ¿Quiere algún detalle más, señor primer ministro?

Taloih parecía aturdido. Daba la sensación de que el mundo se le había desplomado sobre su cabeza.

—Todavía puedo… —balbuceó.

—No puede hacer otra cosa que presentar su dimisión en el acto.

—Brady sacó un documento y lo tiró sobre la mesa—. Ya está redactada; solo falta su firma.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Taloih dijo:

—Tengo aquí a un centenar de hombres que me son fieles a toda costa.

Brady consultó su reloj.

—Dentro de un minuto, llegará un batallón aerotransportado al mando del capitán Z'noro. Habrá lucha, pero no serán sus esbirros los vencedores. Está perdido, Taloih; sea, al menos, lo suficientemente fuerte para reconocerlo.

—Ustedes también pueden morir…

—¿Cree que sus hombres arriesgarán la vida para luchar contra un enemigo siete u ocho veces superior en número?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Brady alzó la vista.

Decenas de puntitos brillantes se acercaban raudamente a la Fortaleza.

Taloih también los vio. Los soldados empezaron a tirar las armas y se retiraron de los muros.

—Firme, Taloih —dijo Brady.

El quareliano lanzó un rugido de ira. Metió la mano bajo la túnica y sacó una pistola desintegradora.

Brady fue infinitamente más rápido. De un manotazo desvió el arma. Luego, golpeó con furia en la mandíbula de su oponente.

Taloih fue literalmente arrancado del suelo. Dio una vuelta completa en el aire y cayó de espaldas.

Su nuca chocó contra el duro borde de la piscina. Se oyó un seco crujido de huesos.

Arrastrado por el impulso, Taloih cayó al agua. Se hundió un poco y emergió. Flotaba boca abajo, con brazos y piernas extendidos laciamente. Un leve hilillo de sangre brotaba de su nuca y se disolvía lentamente en el agua de la piscina.

Brady y Colleen se miraron. Los hombres de Z'noro empezaban a tomar posiciones en las azoteas.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —preguntó Brady.

Ella suspiró profundamente.

—Siempre tuve celos de Zerlyna… pero ha sido necesario que viese las cosas por mí misma para convencerme de que mi puesto no está en el trono de Quarel.

—Entonces, ¿dónde está tu puesto?

Ella sonrió.

—El puesto de una mujer enamorada está al lado de su esposo, dondequiera que él esté —replicó, tendiéndole los brazos.

Los hombres de Z'noro desarmaban a la guardia de Taloih. Unos cuantos arma al brazo, constituían un cerrado círculo en torno al hijo de Zerlyna.

Al cabo de unos minutos, Colleen le preguntó:

—¿Es cierto lo de las cintas grabadas por Helbe?

—Absolutamente cierto. Encontré el equipo de grabación y la llave de la caja de alquiler del banco. El resto resultó fácil. La llave se la envié a la propia Zerlyna en una carta…

Ella suspiró.

—Ahora tendré que vender «La Jarra de Fuego». La hermana de una reina no puede seguir siendo tabernera —dijo.

—Es un oficio que tampoco conviene a la esposa de un capitán de astronave —sonrió Brady.

—Pero tú seguirás traficando por el espacio.

—¿Quién sabe? —contestó Brady ensoñadoramente—. Tal vez monte un puesto comercial aquí… o en la Tierra. No lo sé. Empiezo a pensar que me conviene descansar un poco de mis viajes por el espacio.

—Descansarás a mi lado —prometió ella.

* * *

Tiempo después, Brady dio a su mujer una noticia.

—Carta de tu cuñado —dijo.

—¿Mi cuñado? Zerlyna no se ha casado, que yo sepa.

Brady sonrió.

—Alguna vez tenía que sentirse sola. Además, a Lery le convenía un padre.

—¿Quién es? —preguntó ella, invadida por la curiosidad.

—Z'noro. Es un sujeto bueno, recto y honrado. Zerlyna será feliz con él.

—Si tú lo dices…

—No me cabe la menor duda. Ah, además, hay otras noticias también excelentes.

—Dime, querido.

—El doctor Alameda está ganando terreno en las elecciones parciales. No cabe la menor duda de que conseguirá la presidencia.

—Ya no me interesa la política, querido.

—Te interesa y más de lo que tú misma crees.

Colleen le miró intrigada.

—¿Por qué lo dices?

—Alameda me ha prometido el puesto de Cónsul de la Tierra en Quarel, una vez tome posesión de la presidencia. No he podido negarme a aceptar el futuro nombramiento… máxime si se piensa que, más adelante, la representación diplomática será elevada al rango de Embajada.

Colleen sonrió.

—Pues mira, no me disgusta mucho que me llamen Embajadora —dijo alegremente. Le abrazó con fuerza—. Pero me gusta aún más que me llamen señora Sharron —murmuró a su oído.

Brady asintió.

—Es el tratamiento que mejor te cuadra —contestó.

FIN

Próximo número:

¡La desesperación de un puñado
de seres en poder de unos seres
de origen extraterrestre que habitan
en los abismos submarinos!

LOS HOMBRES-PECES

Peter Kapra

BEST SELLERS
DEL OESTE

El verdadero Oeste,
presentado de forma
sugestiva y apasionante
por los escritores norteamericanos
de hoy, descendientes directos de los
pioneros de ayer.

Toda la dureza, crueldad,
poesía y grandeza de una
época única en la historia.
Una época en la que cada uno
dependía de sí mismo y de su habilidad
para poder seguir viviendo

Conozca el auténtico Oeste
a través de una colección
acreditada por su veteranía y
la calidad de sus relator

Publicación quincenal

Precio: 20 ptas.